

Lita la niña del fin del mundo

ANA MARÍA DEL RÍO

ZIG-ZAG NOVELA



Título original: Lita, la niña del fin del mundo
2003, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
* Santillana de Ediciones S.A.
ISBN: 956-239-272-4
Primera edición: noviembre 2003
© De esta edición: Quinta edición: junio 2008
Diseño de la colección:
José Crespo, Rosa Marín, Jesús Sanz
Ilustración de cubierta:
Raquel Echeñique

v.2018

MAQUETACIÓN:
Petricor

Lita es la única niña cazadora de la Banda del Milodón. Los jóvenes la miran con recelo y con envidia. Las mujeres murmuran, pero no se atreven a desobedecer a Uhle, el jefe de la banda y padre de Lita. Desde las estepas de Asia la banda ha recorrido más de un continente persiguiendo al gigantesco milodón. Nada detiene su avance entre los hielos de la última glaciación. Mientras Lita corre, recuerda. Mientras Lita corre, recuerda.

Índice

Lita

[Lita](#)

[La misión](#)

[La muerte de Makka](#)

[La partida](#)

[Akaro](#)

[Los chinchorro](#)

[Ami, la llamita blanca](#)

[La niña de la voz ondulante](#)

[La cacería frustrada](#)

[La vida del valle](#)

[El cazador de figuras](#)

[Akaro y Lita](#)

[La celebración](#)

[Hasta encontrar al Milodón Gigante](#)

[Las huellas cercanas](#)

[Más al sur aún](#)

[Scort](#)

[Prisionero de la roca](#)

[La última batalla](#)

[La huida](#)

[Scort nuevamente](#)

[Ana María del Río](#)

Lita corría. Ni ella misma sabía hacía cuánto tiempo. Pasaba veloz, por el medio del bosque, con toda la fuerza de su cuerpo entrenado para correr como el de un hombre, a pesar de que era una niña que sólo tenía catorce años.

Corría y oía sus propios pasos. No era como en las estepas o como en los suelos nevados de aquel mundo dejado atrás, en que los pasos se volvían mudos y la velocidad solo una intención del pensamiento, disuelta en el inmenso silencio de la nieve eterna. Ahora, Lita corría y oía su propia velocidad en la quebrazón de ramas, hojas, y el chapoteo musical de sus pies en esa especie de nata acuosa que era el piso de aquel bosque milenario de robles, araucarias, maitenes, boldos, secuoyas. Las hojas se hallaban bajo un hielo delgado como un caramelo. Ella lo sentía trizarse bajo las plantas de sus pies, envueltas en resistente piel de guanaco.

Pasaba. como un pensamiento rápido por entre la masa de ese verde tan oscuro que parecía negro, de bosques que no terminaban nunca. Era un mundo vertical, de columnas vegetales milenarias que susurraban su antigüedad y parecían cambiarse de lugar. Era muy fácil perderse en el bosque.

Sólo corría y corría. Arriba, lejano, se

vislumbraba apenas el cielo y los días pasaban bajo un sol frío envuelto aún en hielo.

Lita iba en pos de un animal. Pero algo más oscuro que esa seguridad corría también con ella, dentro de ella, como una nuez desconocida, algo que no sabía qué era, pero que volvía su carrera desesperadamente veloz. Algo suyo, su corazón, su pulso se hallaba ya dentro del animal perseguido. Sólo tenía que alcanzarlo. Ya le pertenecía.

Lita era cazadora.

Lita era la única niña cazadora de la banda de los Hombres del Milodón. Al mirarla, los hombres de la banda gruñían por lo bajo. Pero la aceptaban. Lita no era cualquier niña. Había sido hija de Makka, la mujer más bella del mundo. Al morir su madre, en la noche terrible de la que nadie hablaba en la banda, su padre, Uhle, el jefe del grupo de cazadores, se había negado a que viviera con las mujeres y realizara sus trabajos. En cambio, la había adiestrado en las duras tareas del hombre. A pesar de los rezongos de las mujeres, Lita, había sido entrenada junto con los muchachos de la banda. Uhle la llevaba con él a todas partes. Por esto Lita era delgada, con una musculatura de un solo nervio, como un junco; alta, bella y salvaje. Bajo su piel fina y bronceada, se veían los fuertes músculos, como los de un muchacho. Sus pómulos altos marcaban su cara como dos signos de poder. Era la hija del jefe. Del mejor cazador.

A pesar de las feroces miradas de reprobación y las cejas enarcadas de los otros cazadores, su padre la había llevado consigo a las jornadas de caza, sacándola del grupo de las mujeres que se guarecían bajo los aleros rocosos o se encerraban en las cuevas de las montañas, encendiendo el fuego, preparando los raspadores y raederas con las que arrancarían la piel del animal cazado, salivando por anticipado imaginando la carne que pronto comerían asada y crujiente. Se relamían los labios y parloteaban sin cesar, entrechocando las piedras delgadas, afiladas como cuchillos. También a ellas les parecía que convertir en cazadora a una niña, elevarla a categoría de varón era ir contra todas las reglas de la vida. Pero recordaban cómo había muerto Makka, la madre, y entonces, aceptaban. Conocían bien lo que pasaba en el solitario y helado corazón de Uhle, el gran cazador de la banda de los Hombres del Milodón, que desde aquella noche espantosa, lloraba por Makka su amada compañera. Y sabían, también, que enfrentar a Uhle era quedarse solo en aquel mundo de hielo infinito que cubría todo y que desde hacía algún tiempo había comenzado a ablandarse: se iba derritiendo lentamente, con feroces crujidos en los que rechinaba la geografía entera. No convenía quedarse solo en este mundo.

El entrenamiento de Lita había sido duro, durísimo. Comenzó cuando sus hombros gráciles recién se afirmaban, levemente cuadrados, sobre sus caderas angostas dejando ver una figura enjuta y grácil, llena de tendones jóvenes y de fuerza. Su

padre la había hecho correr hasta el desfallecimiento, a través de las estepas cubiertas con una costra de hielo, sin caer, sin resbalar, enseñándole a dar caza a aves en vuelo; la había hecho trepar más y más y más rápido a árboles altísimos de troncos lisos y resbalosamente verdes, llenos de limo; había ejercitado su fuerza haciéndola llevar pesos inconcebibles para su edad; la alimentaba apenas para mantenerla elástica y fuerte.

Un día la hizo venir. La miró, serio, ceñudo, con ese ceño que se le había puesto desde aquella terrible noche, la noche del Milodón, allá lejos en las estepas, hacía miles de años, cuando el mundo se había oscurecido para Uhle al ver el cuerpo de Makka, roto, sobre aquella roca de la muerte.

—Confía en mí, Lita —había dicho su padre aquella vez.

Entonces, sacando su cuchillo de despresar había cortado a la niña detrás de las rodillas. Fueron dos tajos certeros y profundos.

La sangre de Lita corrió por sus pantorrillas hasta caer única, roja, más roja que el rojo, sobre la nieve alba. Lita apretó los dientes. Junto al desfallecimiento, sintió que le subía al corazón una salvaje energía animal. Sus narices se abrieron, oliendo el aire glacial. Luego, su padre la hizo correr hasta el dolor, hasta el llanto, sobre la nieve blanda de una meseta sobre los bosques, que se fue

tiñendo lentamente con la línea rosada de su sangre y de su velocidad.

Lita sabía que ése era el tratamiento que le daban a los jóvenes cazadores de la banda. Se lo habían dado a todos los hombres cuando eran jóvenes que se incorporaban al grupo. Entonces, sintió que su padre deseaba ardientemente que ella hubiese sido muchacho. Y así era. Y así no era, también.

Después de la carrera, Uhle la levantó tiernamente entre los brazos y la llevó medio desmayada hasta el campamento. Allí junto a Sat, la mujer sabia, él mismo la curó aplicándole hierbas en las profundas heridas tras las rodillas y acariciándola. En medio de su oído, muy quedo, Lita sintió que su padre cantaba una canción sólo para ella, acunándola, protegiéndola y marcándola para siempre como su hija.

—Hija de Uhle, la cazadora —decían los hombres, rechinando los dientes con ira. La joven hija del mejor cazador que jamás habían tenido había pasado a llevar a todos. Dejaba atrás al viento. Corría más rápido que todos ellos y era capaz de trepar una saliente de roca en un santiamén. Era capaz de permanecer días de días al acecho de un animal, sin moverse, sin respirar, sin comer. Y sin que el animal la percibiera y emprendiera la huida. No tenía nunca sueño ni daba muestras de cansancio. Su prodigioso olfato podía seguir a los animales a miles de pasos de distancia.

«Es perfecta», pensaba Uhle, mirándola. «Perfecta. La continuación de mi Makka, mi unigénita», murmuraba para sí. Pero sentía un miedo cerval, en el hueso de su corazón, de que Lita le fuera arrebatada de manera tan súbita, tan grotesca como le había sido arrebatada Makka, su amada compañera. Eso lo evitaría él, el mejor cazador de la estepa. No la dejaría ni a sol ni a sombra. Y le enseñaría a defenderse en contra de los seres del mundo. De casi todos los seres que podían hacerle daño. Y sobre todo, le enseñaría el sentido de la vida de los hombres de la Banda del Milodón: dar muerte al gigantesco comedor de hierbas, el extraño animal que había sido el causante de su soledad y de su maldición, de la detención del tiempo para la banda desde aquella terrible jornada. Uhle sacudió la cabeza. No le gustaba recordar. Su vida, su tiempo, habían quedado enquistados en ese momento, quieto y sombrío.

¿Perfecta? Aunque Lita manejaba la lanza con destreza y era capaz de pulir finas puntas de piedra hasta dejarlas agudas como palabras de mujeres, Lita se había negado siempre a usar la lanza en contra de los animales. A pesar de las reconvenciones y de dejarla sin comer, Uhle no había conseguido nunca que Lita disparara una lanza o ayudara a empujar un peñasco desde un saliente rocoso para matar un animal. A pesar de los castigos. A pesar de los gritos. A pesar de los ceños fruncidos. Y, sin embargo, desde que Lita se había incorporado a la banda de cazadores, nunca les había faltado un animal que despresar, nunca habían

dejado de tener pieles para el invierno.

Lita tenía un olfato prodigioso. A cientos de pasos de distancia, era capaz de sentir la presencia en el aire de un guanaco, de un mamut, de un huemul, una llama gigante, un caballo, o un ciervo de los pantanos, o antes, de un bisonte, cuando habían caminado durante años por las desoladas estepas del norte.

Cuando ella olía el aire, comenzaba la persecución. Lita corría como el viento, sin equivocarse nunca la huella del paso dejado por el miedo y la huida del animal. Corría tan rápido que los demás cazadores nunca habían podido ir a su par. Tenían que contentarse con esperar a verla aparecer con su larga melena rojiza como el tronco de los robles, señalando con su delgado brazo el lugar en donde se agazapaba el animal acorralado. Entonces, llegaban los hombres acezando por la carrera y se aprestaban a la caza y a la muerte. Lita se alejaba, pero no podía dejar de escuchar los bramidos del animal aterrorizado y los gritos salvajes de los hombres, el ruido sordo de las piedras y el silbido de las lanzas. Cerraba los ojos, su corazón se encogía, y cuando regresaban con el animal lanceado y sangrante, ella dejaba pasar a los hombres locos y triunfantes. Lita, entonces, arrastraba los pies, perdida toda su fuerza y su velocidad, toda su energía y se convertía en una niña solitaria y triste.

La misión

Iban todos tras lo mismo desde aquella noche, hacía cientos de años en las estepas de Asia. No sabían cómo había pasado el tiempo. Pero sí se daban cuenta de que el tiempo no los tocaba a ellos, a los de la Banda del Milodón. Nadie moría, nadie envejecía, nadie nacía entre los hombres del Milodón. No hablaban de eso. Pero los días y los años y las decenas de años se habían sucedido, sin rozarlos.

De las heladas estepas habían comenzado a huir los animales hacia ese otro mundo lejano y tras ellos iban las bandas en pos de su comida. Los de la Banda del Milodón seguían la misma ruta, pero iban con otra misión y todos lo sabían. Por eso, se distinguían de los otros de aquel entonces, recelosos y huidizos. Ellos, la Banda del Milodón, no huían. Perseguían algo, incansables y tenaces, con una paciencia que lindaba con la eternidad. Desde las extensiones de hielo endurecido habían atravesado el angosto corredor terrestre entre dos inmensas murallas de hielo que habían quedado como un paso natural al recogerse los mares con el hielo que cubría el mundo. Todos habían partido ya. Las otras bandas habían iniciado la marcha siguiendo a los animales que bajaban hacia el sur, hambrientos y yertos. Ellos, los del Milodón, habían atravesado

aquel angosto paso, recién abierto, como para ellos, con el alma en un hilo, pisando el suelo fangoso del fondo de lo que había sido mar, sabiendo que se adentraban en lo desconocido, pero sabiendo a ciencia cierta que no podían dejar de ir tras él. Tras el Milodón Gigante.

Lita, frágil y fuerte a la vez, distinta, caminaba al lado de Uhle. La niña les merecía respeto, admiración, pero también un poco de odio y envidia. A los más jóvenes les atraía y repelía. La sentían su igual. Podía competir con ellos en velocidad, destreza y resistencia. Y eso a los jóvenes adolescentes de la Banda del Milodón les daba rabia, mucha rabia. ¿Por qué no se quedaba encucillada soplando el fuego y parloteando con las demás mujeres? Y las mujeres ¿acaso no eran sus iguales? Eran los seres que mantenían el fuego y mascaban las pieles hasta dejarlas suaves como una caricia. Pero esta muchacha bella, inquietante, corría como el viento y lanzaba una invisible boleadora para apresar el alma de los animales. Era distinta, tan distinta...

Lita percibía todos estos sentimientos envolverla como una piel confusa y no del todo sana, cuando estaban todos juntos alrededor del fuego en las frías noches de aquel invierno que ya duraba cientos de años. El tiempo les caía por encima sin tocarlos, guarecidos del paso de los días como si fuera una lluvia y ellos se encontraran bajo una hoja gigantesca.

Lita sentía que alrededor de ella se tejía una malla de admiración, atracción y odio que persistía a través de los lugares, de los distintos tipos de vegetación y colores de tierras por donde pasaban. Lita era inalcanzable. Y por eso, los jóvenes, a veces, habían deseado que desapareciera. O que el Milodón se la llevara.

La muerte de Makka

Mientras Lita corre, siente que los árboles, las ramas se deslizan velozmente hacia atrás. Y entre las ramas, su pensamiento se enreda hacia el pasado. Recuerda toda su larga, larga vida. Que no transcurre, sino que parece detenida como las aguas quietas de aquel lago. Como la vida de todos los que pertenecen a la banda, Lita quisiera, a veces enrollar el tiempo como los cueros de guanacos y desenvolverlo hasta los orígenes. A veces lo logra. Hoy, por ejemplo, el tiempo se le va hacia atrás a medida que su velocidad aumenta.

«Algo le pasa al hielo», pensó.

Era cierto. El suelo del compacto bosque se ablandaba. En la carrera, sus pies veloces habían comenzado a hundirse en una pasta de suaves ramas, hojas y agua, agua semi pantanosa e incógnita, tan distinta de las duras llanuras con la costra de hielo impío o las cumbres montañosas con murallas de hielo verde y rocas afiladas, por las que habían trepado, bajado, vuelto a trepar y a bajar durante tantos años.

«¿Cómo habían llegado hasta allí?» Sus recuerdos se iban lejanísimos hacia la gran estepa de donde habían venido, cientos de años antes. Desde allí habían partido después de aquella

noche terrible, que aunque no quisiera, se le venía al recuerdo: la noche del Milodón. La noche en que su madre Makka había muerto a manos del Milodón Gigante.

Lita tenía catorce años y había seguido teniendo catorce años por todo aquel extensísimo período de tiempo, como si el tiempo se hubiera quedado dormido, enrollado como una piel de viaje.

Aquello había sucedido en Asia, la lejana. Era una tarde como todas en la banda. Los jóvenes cazadores y los hombres se hallaban algo más allá afilando piedras para las puntas de lanza. Las mujeres, encucilladas, preparaban pieles, avivaban el fuego, ponían semillas a hervir, pulían y machacaban. Todas estaban en tierra excepto la bellísima Makka, la eterna inquieta, la mujer de Uhle, el joven jefe de la banda. Ella se hallaba subida a una gran haya cerca del alero. Como siempre, buscaba hojas, semillas, flores. Se apasionaba por la variedad y por los descubrimientos que ya había hecho: hojas que hacían dormir, hojas que hacían bailar, hojas que servían para sanar heridas.

Los grandes animales ya habían emprendido la marcha hacia «lejos». Así se designaba la estepa infinita que se extendía más y más allá, al otro lado de este mundo, donde los ojos se perdían en el horizonte curvo de la tierra. Los animales iban exhaustos, en busca de la inmensa cantidad de hierba diaria que necesitaban para no morir de

hambre. Algunos quedaban tirados en el camino. Otros, los más resistentes, seguían y seguían, nacían otros durante el peregrinar y los descendientes volvían a retomar el camino.

No sabían que iban hacia el sur del mundo.

La banda de Uhle aún no partía. Para ellos, dejar las estepas de Asia era dejar la libertad. Todos eran jóvenes, fuertes. Estaban convencidos de que podrían resistir. Aún había bisontes, mamuts, grandes caballos y ciervos de los pantanos por los alrededores. Y ellos eran cazadores expertos.

El Milodón Gigante se presentó esa tarde de súbito en medio de la banda. Ninguna de las mujeres lo vio llegar. Acosado por el hambre, el colosal herbívoro penetró como una tromba en el campamento de los cazadores a una hora desusada. Ningún animal caminaba de noche, excepto los lobos.

Asustado por los gritos, el inmenso animal bramó aterrorizado, con el miedo derramándose de su piel en un olor espeso e insoportable, se dirigió derecho hacia el único árbol, la gran haya donde estaba subida Makka. Lo sacó de cuajo con sus garras gigantescas y agitó la copa en todas direcciones. Makka salió disparada y se estrelló contra las rocas. Lentamente, fue resbalando del montículo, dejando un rastro de sangre como la huella de su alma, junto a sus miembros que quedaron descoyuntados como los de una muñeca

rota. A los gritos de las mujeres, llegaron los hombres, y ahí mismo, en una noche que nadie jamás olvidará, se entabló una lucha sin cuartel. Eran los mejores, más jóvenes y resistentes cazadores de Asia contra un animal de unas dimensiones que nadie habría imaginado. Alto como los más altos árboles, con una masa corpulenta y una piel gruesa, parado en las patas traseras, manoteando y arrancando ramas en medio de espumarajos de ansiedad, con los ojos fuera de sus órbitas. Los hombres capitaneados por Uhle, que todavía no se había percatado de la muerte de su compañera, lo cercaron, ávidos. Si lo mataban, habría comida para varios meses. Pero el animal preveía sus movimientos y las heridas de lanza no parecían importarle. Parecía tener una resistencia eterna. Sin embargo, en un momento se tambaleó y se dejó caer sobre un costado. Su sangre manaba abundante de dos heridas principales: una en el muslo izquierdo y otra al comienzo de la ingle. Los hombres se quedaron paralizados, en silencio, las antorchas encendidas en sus manos. Entonces, Sat, la mujer más sabia, la mayor de la banda, fue a traer dos recipientes ensebados. La sangre los llenó. Y en cuanto comenzaron a rebasar, el Milodón Gigante lanzó un terrible bramido y se incorporó. Apenas habían tenido unos minutos de respiro. La lucha continuaba. El milodón, enceguecido por las antorchas, retrocedió hacia el alero donde se hallaban las mujeres y los niños. Si caía sobre ellos los sepultaría a todos, tal era su tamaño.

En ese momento, Uhle descubrió a Makka,

quieta, con su largo cabello rojizo, esparcido sobre la roca en un alarido mudo y final. Uhle, aullando, se lanzó sobre ella y la recogió en sus brazos sin poder creer que el milodón, de un solo movimiento, le había arrebatado a su mujer. Makka se desmadejó en los brazos del cazador, como un agua muerta. Uhle entonces lanzó un grito, un grito que todos recuerdan. Era un grito geográfico, de un dolor más grande que la llanura. Todos quedaron paralizados; El Milodón Gigante abandonó su postura erguida y emprendió la huida a cuatro patas. Nadie se lo impidió. Todos miraban a Uhle, horrorizados de la potencia de aquel grito.

Después, Lita recuerda imágenes borrosas. Todo cambió en la vida de la banda. Uhle permaneció solo en una cueva con su compañera durante varias semanas. No dejó que nadie la tocará, ni siquiera para arreglar su cuerpo de niña y de mujer esparcido en la muerte para siempre. No dejó que nadie lo viera. No dejó que las mujeres entraran en la cueva a dejarle comida. No permitió que nadie consolara sus lágrimas y sus feroces gritos llamando a su amada que viajaba ya tan lejos, tan lejos.

La partida

Cuando por fin Uhle salió de la cueva, blanco, con sombras violetas en los ojos y la boca convertida en una caverna de horror, todos comprendieron que sus vidas tomarían un destino distinto. Los compañeros cazadores de Uhle, las mujeres, los pocos niños —era una banda pequeña de unas veintiséis personas —se acercaron a él. Todos estaban enflaquecidos. Se habían mantenido en cuidadoso silencio durante esos días, sin partidas de caza, comiendo las hierbas y semillas machacadas por las mujeres en morteros de piedra. Estaban todos pálidos, desmejorados. El hambre hacía presa de ellos.

Uhle habló entonces, siempre con el cadáver de Makka entre sus brazos. El frío y el hielo lo habían conservado y lo mantendrían intacto por mucho tiempo.

—Nos vamos tras él —dijo. E indicó la senda que había tomado el animal al desaparecer. Era la senda hacia «lejos».

No agregó nada más. Todos comprendieron. Así tenía que ser. Lo perseguirían hasta darle alcance. Hasta matar al Milodón. Sería su única misión de ahí en adelante.

Entonces, se adelantó Sat. Lita la siente aún cerca. Recuerda su rostro ajado y recuerda todo lo que sucedió esa noche, mientras corre ahora por el bosque.

Sat se adelantó con los dos recipientes llenos de esa sangre que con el frío se había vuelto espesa y negra. Se acercó a Uhle y le dijo algo que nadie oyó. Uhle asintió. Le tenía respeto a Sat. Era fuerte, la hermana mayor de Makka. La cabeza más sabia de la banda. Si ella decía que algo era necesario, era necesario. Sat era quien ayudaba a traer los niños al mundo, sacándolos de entre las piernas de las mujeres, golpeándoles las nalgas hasta que lloraran y envolviéndolos inmediatamente en pieles suaves.

Las ollas contenían la sangre del Milodón. Sat siempre guardaba cosas. Semillas, ramas, hojas. Esta vez, nadie sabía por qué, había guardado ese líquido oscuro y gelatinoso, casi negro, que despedía un olor a muerte mientras Sat lo calentaba al fuego. Era el olor del inmenso animal. Los niños retrocedieron gritando.

Esa noche, bajo la luna, junto a la inmensa fogata uno a uno, todos los miembros de la banda fueron desfilando frente a ella. Sat sumergía un hisopo hecho de piel de bisonte en los recipientes de sangre del animal y untaba a cada hombre, cada mujer, cada niño. Nadie podía tocarse la sangre. Debía secarse sobre uno. Lita aún recuerda aquel grupo de hombres y niños pintarrajeados, dando vueltas en redondo alrededor del fuego para que la

sangre se secura sobre ellos. Era una escena terrible que hizo esconderse a la luna.

La noche oscura disimuló el color morado de la sangre del animal maldito que había huido hacia el lugar de donde viene el sol, probablemente acosado por el hambre, como todos los seres vivientes de aquel tiempo.

Desde esa noche, todos supieron que serían distintos a todas las demás bandas que recorrían las estepas de Asia. Serían la Banda del Milodón. Su destino sería perseguirlo, encontrarlo y darle muerte donde quiera que se encontrara.

Pocos días después, dos cazadores lo avistaron dirigiéndose hacia «lejos». Iba con los otros grandes animales hambrientos que se internaban hacia la nada desconocida, galopando con sus flancos gigantescos por la salvaje extensión blanca de aquella tierra endurecida bajo una costra de hielo verdoso que hería los ojos. El Milodón Gigante también había sido vencido por el hambre y comenzaba su peregrinación hacia lo que nadie conocía.

Entonces Uhle hizo una seña a las mujeres. Se iban. No había nada que hacer. Con angustia, cada una comenzó a empaquetar los morteros, las pieles, los huesos que servían de herramientas, los maderos, las pequeñas cosas de cada día, los carbones para el fuego, los recuerdos, las cosas preciadas, las semillas. Se hacían grandes bolsas de

pieles que colgaban con bandas anchas a su frente. «Ellas llevaban todo», recuerda Lita. Los hombres iban en los flancos con la lanza, y las piedras afiladas en la mano, mirando a todos lados, alertas, siempre alertas.

Íbamos tras el Milodón. «Él era nuestro destino», piensa Lita, mientras penetra aún más en la espesura verde negra de este bosque compacto y helado del sur. «No nos habíamos dado cuenta todavía», piensa Lita, sin dejar de correr por el bosque húmedo. «No comprendíamos aún qué era lo que nos había pasado. Lo sabríamos después, mucho después».

Esa mañana de hace decenas de años se inició la marcha. Al final iban dos hombres que se turnaban llevando cuidadosamente una bolsa de la piel más fina de bisonte. Dentro, balanceándose como en un barco, iba el cuerpo de Makka, incorrupto por el hielo. Uhle no se separaría jamás de ella.

Comenzaron la marcha con temor. La única enteramente plácida era Makka, dormida y bellamente pálida como el frío de esa mañana, dentro de su bolsa de pieles, como una niña dormida. El frío y la nieve la hacían conservarse intacta, casi sonriente, casi inmortal.

Llegaron frente a un largo desfiladero y se detuvieron.

-Aquí había agua antes —dijeron los

rastreadores después de agacharse y oler el suelo—. Agua salada.

Era cierto. Las aguas de los mares del mundo se habían recogido. Más o menos el mismo grosor de la capa de hielo que cubría al mundo. Sintieron ese hielo sobré su corazón, cuando advirtieron que los animales hambrientos se habían internado por ahí. Era el corredor que unía los dos mundos. Caminarían por lo que había sido el fondo del mar. Todavía era un terreno cenagoso. Lleno de algas, restos de plantas acuáticas y conchas desiertas de caracoles. A ambos lados se erigían dos murallas temibles de hielo oscuro. Era como pasar por la muerte. Los rastreadores de huellas habían visto al Milodón tomando aquel sendero. Era por lo demás el único. Lo que nadie sabía era qué habría al otro lado. Fueron días y días oscuros de marcha enlodada por ese suelo blanduzco y marítimo. Todos sabían que estaban entrando a otro mundo. Todos sentían lo que Sat sabía a ciencia cierta. Que sus vidas nunca iban a ser iguales después de la muerte de Makka.

Por fin, se avistó la salida. Los muros de hielo a ambos lados comenzaron a disminuir de altura y el grupo de pronto se detuvo. Se veían diminutos frente a la inmensa extensión de hielo que se avecinaba. Un mar de hielo sin fin. A lo lejos, distinguieron los bramidos y los sonos de las pezuñas de los animales gigantes que galopaban para llegar pronto a algún punto y cortar está terrible infinitud.

—Tú vas conmigo, Lita —dijo Uhle mirando a su hija y colocándola junto a sí.

Las mujeres se miraron. ¿Qué quería decir eso?

¿No tenía la niña que ir con las mujeres y llevar el equipaje y las tiendas y las pieles? Los hombres miraron el suelo, gruñendo. Nunca se sabía con Uhle. Pero era el mejor. Y habían decidido seguirlo. Después de un momento de silencio más duro que él mismo hielo, tomaron la decisión. Se internarían en este otro mundo. No sabían qué les esperaba del otro lado. Lo que sí sabían era que se trataba de otro mundo, otro cielo. Y todos tenían el miedo anidado en el fondo de sus corazones, como un pájaro encogido.

Marcharon tras él en silencio.

«Yo iba al costado de mi padre», recuerda Lita. «El mundo parecía grande, inmenso».

Akaro

Akaro era un niño que pertenecía a una de las muchas bandas que habían iniciado su viaje detrás de los animales que se desplazaban hacia el sur del mundo en busca de alimento y de agua. Akaro tenía una piel canela, suave y lampiña, un pelo tan brillante como la noche y una especie de silencio en el moverse y en el andar. Su banda había llegado a una zona plana, una meseta cálida al borde de altas montañas por donde deambulaban animales gigantes y no tan gigantes. Allí permanecieron largo tiempo, pero los pastos comenzaron a escasear, los animales a morir y la banda debió seguir más y más lejos.

Ahora, el grupo de Akaro estaba llegando a otra tierra llena de extensas masas de hielo, de bosques de un verde compacto, casi negro, de vientos salvajes llenos de polvo de nieve que cortaban la cara y que los habían obligado a guarecerse bajo gruesas pieles para salir a cazar. Las piedras perennes de la cálida meseta habían quedado atrás. Esta otra era una tierra en que el frío reinaba todo el tiempo como un gran árbol invisible que cobijara todos los bosques, todas las estepas. Siempre hacía frío. Casi siempre hacía hambre.

Pero Akaro no siempre tenía hambre ni frío. No

era como los otros voraces cazadores que venían persiguiendo a los grandes herbívoros y afilaban piedras todo el día, esperando. Los mismos que, cuando lograban cazar alguno de los escasos animales, se precipitaban sobre él disputándose los pedazos y las pieles hasta que más de uno quedaba tendido en el suelo, sangrando. Mientras, los animales seguían desplazándose hacia la hierba del sur y hacia las extensas masas blancas de hielo que se divisaban como un mar estático y silencioso.

Akaro tenía cerca de trece años. Era moreno, no muy alto, no muy recio, más bien de huesos tenues, delicados, con inmensos ojos negros, y una sonrisa en la que cabía todo el mundo. Los mayores, sobre todo su padre, estaban inquietos con él. No era como los otros niños cazadores de la banda. No le gustaba correr a gran velocidad, ni competir, ni golpearse con los otros niños. No le gustaba lanzarse sobre un inmenso mamut vencido y agónico y enterrarle piedras afiladas o ayudar a los mayores a empujar una tremenda roca para romper el cráneo de algún ciervo gigante o de alguna inmensa llama que tomaba agua en una quebrada, allá abajo.

Akaro era callado. Las mujeres lo miman demasiado, pensaban los hombres. No siente en su alma la excitación de la caza, la necesidad de acorralar al animal, de irlo cercando hasta vencerlo; de sentir el miedo de otra carne huyendo de ellos.

No. Akaro no sentía nada de eso. Más bien su alma iba con el animal perseguido, entraba dentro

de los belfos resoplantes de los poquísimos mamuts que iban quedando, entraba en la piel del ciervo de los pantanos y del caballo gigante que corrían a loca velocidad con el corazón saliéndoseles por el miedo. Miedo de encontrarse con su feroz enemigo, el que nunca tenía piedad. El hombre. Akaro sólo había conocido animales muertos de terror. En los ojos se les había grabado el miedo y el universo se les aparecía en el iris deformado, lleno de puntas de lanza, lleno de aullidos.

Las mujeres de la banda protegían a Akaro. Era el mejor buscador de semillas, líquenes y hongos que habían tenido. Su cuerpo delgado, pequeño y nervioso se avenía perfectamente a cualquier hueco de árbol donde a veces se encontraban cosas maravillosas: extraños granos de formas y colores especiales que al machacarlos dejaban escapar zumos de tintes especiales. Cuando los hombres llegaban aullando, las mujeres escondían a Akaro entre las ropas y las pieles de las tiendas, y entre la algarabía, nadie se daba cuenta de que Akaro nuevamente se había escabullido de esa partida de caza.

El chamán de aquella banda de cazadores era un hombre sagaz, sin duda. Durante años, había presentido a los animales, percibía su presencia cuando aún ni los ojos ni la nariz podían aprehenderlos, y era capaz de adivinar el camino que tomaban. Pero estos días la luna había aparecido con avisos sombríos en sus fases cambiantes. El chamán sabía que se acercaba una

época de sequía y escasez aún mayor que la que vivían y estaba preocupado. El calor aumentaba. Si desaparecían los hielos, desaparecería también la hierba que había bajo ellos. Los bosques y las sabanas se convertirían en los desiertos y yermos de arena que habían dejado atrás. Sin hierba, no había vida. Sin los hielos se iba la hierba y con ella los animales. La tierra cambiaba su faz. Con los hombres hambrientos, su vida de adivino peligraba. Sus desaciertos podían costarle la vida si pronto no lograba la visión de una pieza de caza que calmara el hambre del grupo de hombres que se desplazaban siguiendo las orillas del mar.

Una mañana, Akaro estaba junto a las mujeres machacando semillas y juntando en una vasija redonda un hermoso jugo morado. Bruscamente aparecieron los hombres. Llegaron aullando que habían visto un ciervo inmenso en las inmediaciones de las tierras movibles. Y arrastraron a Akaro fuera del campamento. Debía ir a la partida de caza. Llevaban en las manos las picas, las lanzas, los palos, las cuerdas tejidas con lianas, iban corriendo, saltando. Para ellos, era una fiesta. Para Akaro, una ocasión en que él era el animal perseguido. Su cuerpo se llenó del sudor anticipado de la huida. La caza le producía horror. No podía allegarse a la sangre y a los ojos moribundos de los animales, a los últimos galopes de la arteria del cuello, que pronto sería cortada por una filosa piedra. Era como si lo mataran a él. Cada vez, en las partidas a que lo habían obligado a ir, había sufrido paso a paso, la angustia de la persecución y la muerte del animal

perseguido. Sentía entrar en sí mismo el terror del ciervo de los pantanos o del caballo, o de la gran paleolama colorada que corría esquivando ramas y rocas para salvar su vida, sentía su pulso, su leve continuidad. Él era el animal perseguido. Corría, corría, corría, junto a los gráciles huemules o a los temerosos guanacos, o incluso, junto a los grandes mamuts, que hacían vibrar el suelo con su pesado temblor.

Akaro no pudo seguir a los cazadores. Se caía en los pantanos, tropezaba en las ramas del bosque, le costaba sostener la lanza. Al final, cansados de esperarlo, los hombres lo dejaron solo.

Akaro deambuló por el bosque. Sacudió las ramas y se subió a un árbol para mirar las semillas que tenía. Estas son las mismas que estaba yo moliendo, las del zumo espeso y morado, pensó. Aplastó varias y comprobó que su mano se teñía con el mismo tinte. Le pareció hermoso. El lejano rumor de la caza lo distrajo un momento. Levantó los ojos y divisó a los jóvenes de la banda golpeándose el pecho y aullando como habían visto hacer a los mayores. Los vio correr desbandados, con la loca excitación de la presa al alcance de su hambre infinita; divisó a su padre y a los otros adultos con el ceño fruncido, la mirada atenta, el cuerpo tenso; sabían que no podían volver sin una pieza de caza, que las mujeres contaban con ello y que ya estaban preparando el fuego, afilando las piedras, sacando los cuchillos de obsidiana, las raederas, las mazas, los morteros. Akaro se las imaginó restregándose las

manos, pensando cada una de ellas en su hombre, en su hombre matando al animal; si así era, a ella le correspondería la piel entera y su suerte cambiaría para el invierno: podría guarecerse de las lluvias con un gran cobertor de pieles, podría caminar por los faldeos de la montaña helada del invierno sin temor a morir de frío.

Akaro se imaginó a las mujeres parlotteando animosas, quebrando ramitas y preparando la gran hoguera, en la que asarían los pedazos del animal que trajeran. Era la única ocasión en que las mujeres estaban amigas. Cuando esperaban la comida. Se atareaban afanando de aquí allá, pasaban encima del fuego, limpiaban los morteros y las vasijas, no podían nunca estarse quietas. Había miles de cosas que hacer, siempre había cosas que hacer y que trasladar.

Akaro cerró los ojos y su corazón se alejó de las mujeres y del llanto de los recién nacidos. Bajó del árbol y se internó por el bosque. Llegó a una inmensa roca por la que caía, mínimo, un hilito de agua.

Akaro estaba triste. Se sentía distinto a todos. No le gustaba la compañía de los hombres. Aunque lo protegían, no disfrutaba con las mujeres y sus tareas rutinarias. Le gustaba mirar, tocar las semillas, las pequeñas piedras, los caracoles. Le fascinaban los colores que lograba desprender de las flores, de la corteza de los árboles, de algunas hojas.

Akaro decidió separarse de su banda y no volver más. Comería semillas —que conocía, a la perfección por haberlas probado casi todas y saber cuáles daban dolor y cuáles placer, cuáles sensación de sueño y cuáles de hartazgo —y no volvería más con la banda.

Caminó largo rato, ensimismado. Entonces, vio la cavidad en la roca cortada a pique. Era un alero oscuro, situado en el lugar en que el cerro comenzaba a subir. Era la entrada a una cueva oscura, fría, húmeda. Akaro dio unos pasos en la penumbra.

Se sentía exactamente igual que las paredes de la cueva. Frío, húmedo, muy, muy triste, el mundo parecía encerrarlo en un hielo sin piedad y en una soledad sin pausa. Estaría siempre solo, sería siempre distinto, pensó. Para siempre, tal vez.

Se acercó a la pared de roca lisa que se erguía frente a él como el flanco de un animal gigantesco. Pasó un dedo por la roca. Y se detuvo sorprendido. Una línea de color morado salía de su dedo. De pronto comprendió. Tenía las manos llenas del zumo de las semillas que había aplastado. Puso las manos mojadas de ese jugo en el muro y su delicia no tuvo fin. Su propia mano quedó estampada en la roca. Para siempre. Sus ojos se agrandaron en un asombro gozoso.

Los chinchorro

Lita corre veloz y recuerda. Recuerda la meseta cálida a la que llegaron cientos de cientos de lunas después de cruzar el corredor entre los mundos. La piel se entibiaba, los hielos se volvían agua, la hierba aparecía verde, fresca. Los animales caminaban con sus crías, descuidados en medio del aire tibio. Era fácil seguirlos, cazarlos, lanzar las boleadoras a un rebaño de huemules y enredarle las patas al más torpe. Era un mundo diferente, pero por él transitaban incansables, su padre y su banda.

«¿Por qué no quedarse aquí?», se preguntaban las mujeres arrastrando los pies y las pesadas bolsas con pieles e implementos de la vida diaria.

De pronto, en medio de la meseta que los había adormilado con su aire cálido, la Banda del Milodón se vio rodeada por un grupo de seres extraños. Más bajos, levemente más pálidos, de pómulos más altos y ademanes cautelosos, que los miraban asombrados, sin atacarlos, solo rodeándolos. Uno de ellos se adelantó con unos objetos en las manos. Eran peces secos.

Hacían señas, adelantando los peces en sus manos e indicando las lanzas y las pieles.

—Trueque —dijo Sat—. Quieren hacer trueque.

De pronto, el que parecía jefe de ellos, vio la bolsa de pieles de donde sobresalía la pálida y perfectamente bella cabeza de Makka. Aún conservaba su expresión de sueño plácido con la que había muerto. Los hombres se acercaron a ella y le palparon la piel. Uhle había comenzado a enarbolar su maza, cuando se volvieron y le hablaron en un idioma desconocido. Luego hicieron calurosas señas de bienvenida y de que los siguieran.

Eran los Chinchorro. A Lita le viene el recuerdo de ellos y de la cara de su padre cuando los vio acercarse, interesados, a la bolsa donde viajaba el cadáver de Makka. También recuerda sus vistosas cabezas con adornos tejidos. Y sus rostros de eternidad.

«Fue en ese entonces», piensa Lita, «cuando mi madre comenzó de nuevo a vivir entre nosotros».

Los Chinchorro la tomaron y se encerraron con ella en una de sus habitaciones. Nunca se supo lo que hicieron con ella, pero fue milagroso. La dejaron viva, casi exactamente igual a como era, en vida, sentada en un pequeño sitial, con su pelo envuelto en un turbante de lana muy bello, y su piel, sus hombros anchos, su mismo vestido, su rostro que parecía a punto de decir algo. Casi parecía sonreír. Nadie se atrevía a tocarla. La mantuvieron durante un ciclo lunar en una de las chozas de su pueblo, cerca del mar. El ruido de las olas nos recordó otras olas lejanísimas que creíamos haber olvidado. Pero no. Nada se olvida. Makka estaba casi viva, casi de

verdad. Al verla Uhle lanzó un grito y se desplomó. «Era Makka, mi madre», recuerda Lita. Momificada, explicaron los Chinchorro. Sólo sus ojos, sus ojos estaban quietos, detenidos.

«Ellos tomaron a mi padre», sigue recordando Lita «y lo llevaron a una de las cabañas. Le dieron unos polvos medicinales». Uhle pasó muchos días tendido sobre paja, delirando y vomitando. Los chinchorro lo cuidaban quemando hojas aromáticas y haciendo extraños pases mágicos sobre su cabeza.

Luego, volvió a ser el de siempre. Entonces hizo la señal. La señal que todas las mujeres de la banda odiaban. «Todas, excepto yo», recuerda Lita sonriendo y oliendo el olor a bosque. «La señal de partida».

La Banda del Milodón volvió a ponerse en marcha esta vez con dos hombres atrás, cerrando la marcha. Iban hacia las alturas. Y de ahí, hacia el sur. En busca del frío y de la vegetación más alta. Donde se escondía el Milodón.

Llevaban a Makka, casi viviente, sentada, impertérrita y lejana a la vida, sobre su sitial, una pequeña piedra con respaldo, semejante a las que usaban las mujeres para juntarse a parlotear junto al fuego. Makka momificada por los Chinchorro a cambio de pieles, puntas de lanza y morteros. La habían dejado tan real, tan viva, que parecía a punto de hablar. «Muchas veces me acerqué a preguntarle algo», recuerda Lita. «Pero solo me

respondía su hermoso rostro callado, dentro de su propia eternidad».

Ami, la llamita blanca

Ami era una llamita muy pequeña. Tan pequeña que no había nacido todavía. Iba en el vientre de su madre, una gran llama de pelo colorado que viajaba con la manada en busca de prados verdes para comer. Les era muy difícil encontrar los pastos en medio de todo ese hielo. Pero el frío había comenzado recién a retroceder y surgían algunos prados en los que las llamas se lanzaban a correr, felices, después de tanto frío. Y comían unos brotes helados y tímidos, casi transparentes.

Ami iba dentro de su madre con su manada. Habían comenzado a caminar hacia el sur por un sendero angosto colgado de la inmensa cordillera, al comienzo de ese territorio estrecho que casi parecía una repisa entre la cordillera y el mar.

Las llamas de la manada eran de gran tamaño, cubiertas con un largo pelaje rojo. Lo necesitaban para defenderse del blanco cuchillo del frío que cortaba sin aviso y había dejado a alguna de sus compañeras en medio de páramos, tías como estatuas en un parque desierto, blanco, sin fin.

Las llamas no recordaban de dónde habían venido. Sólo sabían que habían viajado mucho para no morir, hacia lo que las bandas de hombres llamaban «lejos», jornadas agotadoras caminadas

durante mucho tiempo, para encontrar por fin el pasto verde que recién comenzaba a aparecer como un regalo bajo el hielo del sur.

Detrás del grupo de llamas salvajes iba el grupo de cazadores. Las llamas iban en busca del pasto y huían de los cazadores. Los cazadores iban tras las llamas. Para huir de su persecución permanente, el grupo de animales subía a las salientes de roca más altas de la cordillera. Ahí, aunque hiciera más frío se sentían a salvo de los hombres. Los hombres no tenían pelo para resistir el frío de las cumbres. Pero algunos mataban llamas o mamuts, les sacaban la piel y se encaramaban a las alturas con las pieles ajenas puestas.

Los hombres eran... ¿cómo eran los hombres?

Ninguna llama hubiera podido describirlos. Sólo había que huir de ellos subiendo cada vez más, encaramándose por los salientes desnudos de los caminos a las cumbres, entre piedras y rocas.

Las llamas se habían hecho expertas en encaramarse a las montañas, caminaban solo un poco más abajo que los grandes cóndores que eran los que vivían más alto y las miraban a veces, esperando que estuvieran quietas, muertas, para bajar en círculos silenciosos, cada vez más cerrados, a apropiarse de ellas en un poderoso envión de sus garras curvas.

Pero las llamas no temían a los cóndores. Temían a los hombres. Sentían su olor, tras ellas, siguiendo

sus pasos.

Los pastos, las llamas, los hombres, los cóndores, los grandes ciervos, los mamuts, los bisontes, todos los seres tenían un enemigo principal de tres caras: el hielo, el frío y el hambre.

Todos tenían hambre.

Y el hombre era el ser más temible cuando estaba hambriento.

Antes, los hombres no se contentaban con menos que un búfalo o un mamut o un ciervo gigante de los pantanos. Pero ahora, esos grandes animales habían desaparecido, porque necesitaban demasiado pasto para sobrevivir. Y sólo había extensiones infinitas de hielo y más hielo. Habían ido muriendo por el camino hacia ninguna parte. Entonces, el hombre había dirigido sus ojos y sus colmillos sobre ellas, y sobre los guanacos y los huemules y vicuñas, todos los de patas bifurcadas que corrían sobre los campos que empezaban a volverse verdes, allá hacia el sur.

«Muchas llamas pequeñas, es mejor que un mamut grande y viejo», oían decir a los hombres.

Cuando los hombres salían de caza, las llamas se avisaban unas a otras, desde las distintas alturas donde se encontraba la manada. El macho jefe daba un grito de alerta y la orden rodaba de una en otra, con un pequeño y rápido movimiento de orejita en

orejita hasta llegar a la última del grupo. Arrancaban suaves, inaudibles, sobre sus patas de cojinetes suaves, como el silencio de las cumbres, y se metían en otra escarpada meseta donde el viento parecía cortar la roca.

Pero los hombres tenían una terrible arma para cazarlas: era la sorpresa. De repente, se aparecían todos los cazadores, desde distintos puntos, girando en redondo, dando grandes gritos y acorralándolas en lugares sin salida, contra gruesas salientes rocosas. Desde ahí, las apedreaban a todas. Iban cayendo amontonadas en una muerte confusa y descoyuntada de patas, cabezas, pezuñas. Con la piel se hacían vestidos. Con los huesos, herramientas. El hombre. Era terrible su paso. Todos le tenían temor.

Pero las llamas, a pesar del miedo que les tenían a los hombres, habían llegado junto a ellos por un extraño destino a aquel lugar del sur del mundo, cubierto por un hielo que comenzaba recién a cederle el paso a las lluvias, al viento, a los grandes bosques y a los pastos verdes.

Habían hecho un largo camino. Venían caminando mucho antes de que Ami existiera y que tal vez ninguno de los de esa manada naciera. Venían desde las estepas heladas de más arriba del mundo y habían atravesado ya el azul de aquel mundo de hielo. Sabían que habían nacido en peregrinación y seguirían caminando para siempre.

¿Para siempre? ¿Encontrarían algún día el mundo perfecto con una meseta llena de pasto inacabable y un sol envuelto en el viento exacto de la felicidad?

Algunas llamas soñaban eso al cerrar los ojos en las tardes. En detenerse y en corretear por un lugar que pudieran llamar su mundo.

Ami iba en la guata de su mamá y sabía que la suya era una manada especial. Eran las llamas rojas. Caurani, las llamaban los hombres. Eran una manada que nunca había sido acorralada. Las guiaba Cauro, un llamo especial, lleno de fuerza y de una inteligencia alerta que preveía muchos de los movimientos de los hombres. Cauro, el viejo llamo, era experto en esconderse de los hombres. A veces, incluso se las arreglaba para guiar a toda su manada hacia detrás de donde se hallaba la banda de los hombres. Los seguían a una distancia prudente, muy prudente. Ahí, las llamas se reían de ellos al verlos tratando de encontrar las huellas bifurcadas inútilmente. Pero Cauro sabía que un hombre enojado y hambriento era un animal peligroso. Por eso, la mayoría de las veces, trepaban a las alturas inaccesibles de las rocas apoyadas en sus cojinetes que les permitían escalar casi como pájaros, casi sin tocar la dureza de la altura.

La manada de Cauro divisaba hambrienta las bellas praderas de un poco más abajo, allá lejos. Abajo, por donde caminaban los hombres, la vida parecía más fácil. Pero alrededor del fuego de los hombres, bajo los aleros, rondaban tigres, panteras

y leones hambrientos, esperando un descuido, un pequeño descuido de los hombres.

Cauro los llevaba por las alturas. El frío entraba por sus bellas pelambreras rojizas. Ningún hombre había podido acorrallar jamás a la manada de Llamas Rojas, las Caurani. Ellas sentían con anticipación los ardientes y negros ojos humanos mirándolas desde lejos, parados en los salientes de las quebradas, ansiosos.

Pero Cauro no permitiría jamás que las Caurani fueran atrapadas. Lanzó un pequeño grito y subieron más arriba, donde las rocas se perdían en las nubes.

No sabían cómo habían ido deslizándose por las alturas hacia el hielo de «lejos». Se habían desplazado en busca de la hierba. Hacia el sur estaban los árboles. Hacia el sur estaba el agua. Hacia el sur estaba la vida. Las llamas habían visto crecer su pelaje más tupido y denso a medida que se acercaban a los fríos. Sus narices se habían vuelto casi azules, sus pezuñas bifurcadas más planas para atravesar grandes extensiones. Los hielos del fin del mundo las rodeaban. No sabían la magnitud de la extensión que habían atravesado. Pero estaban cansadas. Sus ojos se veían llenos de cristales de hielo de soledad y de incertidumbre.

Un día nació Ami. Su madre se metió bajo una roca en un saliente, mientras una furiosa tormenta de viento y nieve caía afuera. Ami fue saliendo de entre las ancas de la llama roja, envuelta en la bolsa

azulosa de la placenta y cayó suavemente al suelo. Su mamá le lamió la placenta tragándosela y al mirarla, se sorprendió. Tal vez era la nieve, tal vez, el frío. Tal vez la suerte,

Ami era la única llama de la manada que no había salido roja. Era la más bella llamita blanca, del color de la nieve primera, la más blanca. Su pelaje parecía una nube frágil, una pelusa pálida llevada y traída por el viento de la cumbre.

Al poco rato, cuando ya la noche caía, Ami fue presentada a la manada de Cauro. Aun en la oscuridad seguía siendo blanca, blanquísima. Las otras llamas la rodearon, oliéndola para ver si pertenecía realmente a ellos.

La llama roja, rendida, se tendió bajo la roca. Ami buscó sus pezones, escondidos entre las ancas y chupó, chupó, chupó. Su madre recordó la mirada extraña de Cauro cuando se acercó.

—Esta no es como nosotros —bufó.

—Es hija mía —dijo la llama roja afirmando sus pezuñas entre las piedras.

—Pero es distinta —replicó Cauro—. Nuestra fuerza es ser todas iguales. Una distinta es notoria. Y ser notorio es peligroso.

La llama roja tembló. ¿Qué pasaría con su hijita?

—Ami —llamó.

La llamita guagua dejó de tomar leche y se puso de pie, con las piernas delgadísimas doblándose para atrás. Era bellísima.

Había pasado la tormenta y Cauro dio la orden de partir. El viento y el granizo habían amainado y la tormenta parecía haber terminado. La manada se puso en camino saltando por los precipicios, subiendo las rocas verdosas y heladas, sin resbalar. Ami las seguía, pero más despacio. Su mamá la esperaba. De pronto, se dieron cuenta de que se habían atrasado mucho y que la manada había desaparecido de su vista. La llama roja se dio cuenta de que Cauro había acelerado la marcha. No quería una llama blanca en medio de treinta llamas rojas.

Comprendió que las habían abandonado. Sería muy difícil caminar solas por aquellas cumbres solitarias y frías y con tan poco pasto. Además, perderían la ubicación en medio de la nieve y el frío extremo, que borraba el olor. Seguramente, no volverían a ver más a la manada. La llama roja miró con ternura a Ami, mientras la pequeña llamita hurgueteaba metiendo su nariz entre las piedras, lamiendo unos pedazos de hielo, creyendo que era leche helada. Se acercó a ella y le ofreció el pezón. Ami chupó largamente. Luego se acurrucó con su madre en la entrada del alero y se pusieron a dormir. La llama roja se quedó despierta mirando las estrellas que casi se podían tocar. Si todo seguía igual, pronto no tendría leche para su hija, porque no tenía pasto. Cauro ya estaría a miles de pasos de distancia, llegando a otras regiones. Metió la cabeza

entre su largo pelaje rojo y lloró como lloran las llamas, con leves quejidos secos que parecían estornudos.

La niña de la voz ondulante

No supo cuánto tiempo durmieron. Las despertó el olor. Un olor que no era como los otros. La llama roja aguzó la nariz, levantó la cabeza y entonces vio un hombre con la piel a franjas, amarillo y negro, y una niña delgada, pintada entera de ocre que estaban mirándolas muy atentos.

La niña dijo algo y el hombre apoyó su lanza sobre el suelo. La llama roja se puso de pie rápidamente, delante de Ami. Esta se levantó patuleca, con las piernas como pequeños codos, doblándose. Al final, se paró. Entonces, la niña ocre y el hombre se pusieron a discutir. Él levantó la cabeza y lanzó la mirada llena de cejas y a la llama roja le dio mucho miedo. Pero Ami, que todavía no conocía el miedo, salió de entre las piernas de su madre, llena de maravilla. Al verla el hombre bajó la lanza y se quedó mirando cómo el pequeño animal se movía, frágil e inexperta, pero con un indudable instinto trepador, roca arriba, apoyada en sus patitas con cojinetes bifurcados. Parecía un copo de nieve de cuatro patas largas y orejitas en punta.

La niña hablaba con su padre. Este le tomaba las manos y le mostraba hacia abajo, con el dedo. Intentaba convencerla de algo, pero todo fue inútil. Ella lo hizo retirarse hacia fuera del alero y quedó

sola frente a la llama roja y a Ami.

Entonces, las dos llamas oyeron su suave voz, algo ronca y musical, con un ritmo sostenido, llamándolas. La voz de la niña ondulaba. Se hacía alta, bajaba, como un viento suave. Se elevaba nuevamente, caía. La niña cantaba en una melodía cautivadora, llena de altos y bajos, mientras se aproximaba lentamente a los animales que la escuchaban hipnotizadas en el fondo de la roca.

Cuando llegó cerca de ellas, la niña alargó la mano, pero no las tocó. El influjo de su susurro hizo a los animales acercarse muy lentamente a su mano que esperaba extendida. Cuando se tocaron, ella empezó a hacerles cariño, en el cuello, en el lomo, en las ancas, bajo los belfos. Tomó el hocico de la bella llama roja y lo atrajo hacia sí. Luego tocó a Ami, que restregó su cabeza contra su muslo. La llama roja retrocedió asustada y alerta, La niña levantó a Ami y la llamita se quedó llena de confianza en los brazos fuertes de la niña, que puso sus labios en la suave pelusa blanca de la frente de Ami.

Luego la niña hizo algo extraño. Sin dejar de cantar, se subió a una piedra y llamó a la llama roja. Esta no pudo resistirse al llamado, un silbido urgente y confiable. La niña pasó su pierna derecha por sobre el lomo del animal y con Ami en sus brazos montó a la llama roja que tembló al sentir el contacto de las piernas tibias de la niña y su peso. Ella apretó las piernas varias veces, animándola a

caminar.

—Hap, hap, hap —dijo la niña.

El hombre miraba desde lejos, reverente, admirado del poder de la niña sobre los animales.

La llama roja salió de la cueva con la niña ocre montada sobre su lomo. Llevaba a Ami entre sus brazos. El hombre levantó los brazos con asombro y se le cayó la lanza. El pacto entre la niña y la llama estaba sellado bajo sus músculos fuertes que apretaban el flanco del animal. Bajaron al valle. Mientras pisaban el pasto fuerte y verde de la llanura, a la llama roja se le abrían las narices de ansiedad y delicia. Miraba a todos lados. El mundo se abría en cerros más bajos, con bellos prados verdes, verdes, verdes, ahhh.

De pronto, llegaron a una pequeña meseta redonda, con rocas que formaban diversos techos. De ellos salieron otros hombres. Con temor, la llama roja siguió avanzando por entre la manada humana que la miraba con ojos muy abiertos, dejándole paso por el poblado. La niña ocre le apretaba los flancos y los hombres y mujeres contemplaban avanzar esta alianza con los ojos abiertos de par en par contemplando la increíble escena de una llama roja montada por primera vez en el mundo por una niña que llevaba en sus brazos un pedazo de nube: una llamita recién nacida de color blanco más blanco que el color blanco.

La niña detuvo a los hombres que tenían las lanzas y las boleadoras listas en las manos. Estos animales no serían presa de caza. Detuvo a las mujeres con sus piedras circulares de descuartizar y raspar pieles. Levantó la mano y detuvo la muerte. Su presencia adolescente y con el pelo al viento despedía un extraño poder. La niña miró al grupo y dijo algo. La llama roja y su cría habían sido cazadas sin armas. Habían sido enamoradas, domadas. Habían pasado a formar parte del grupo de los hombres. La niña ocre se bajó y dejó que madre e hija hundieran sus hocicos hambrientos en la hierba y comieran toda la que les apeteciera. Los niños de la banda, maravillados, siguieron a los animales observando de cerca los belfos y los ojos. Estos estaban vivos. Estaban acostumbrados a ver sólo animales muertos, pedazos de carne asándose al fuego. Pero éstos... éstos eran algo distinto.

Luego, hizo entrar a las llamas a un corral hecho con palos, donde se guardaban herramientas y huesos y pieles. La llama tembló. Pero después fue entrando en una suave modorra. Se tendió en el pasto. Era la primera vez que no tenía hambre, después de mucho tiempo. Pensó en Cauro trepando por las aristas de las rocas allá en las alturas... y se quedó dormida con su cría abrigada entre sus patas, a cubierto del viento y de la blanca soledad. Un poco más allá, los hombres se acomodaban a dormir, también.

La cacería frustrada

La sobresaltaron unos gritos. Unos hombres parecidos al padre de la niña corrían con las boleadoras en las manos, agitándolas en redondo, sacando apresuradamente las lanzas de las fogatas agonizantes de la noche anterior, ciñéndose tiras de piel a la cabeza. Todos corrían.

Al amanecer, el vigía había descubierto una manada de animales en las alturas medias de la cordillera. Eran las llamas que habían abandonado a Ami y a su madre.

—¡A caza, a caza! ¡Son las llamas rojas! — gritaban los hombres alborozados. Algunos se sangraban las corvas para correr más rápido. Las mujeres preparaban el instrumental para descuartizar y cortar.

La llama roja comprendió. Era la manada de Cauro. No habían podido seguir subiendo. Tal vez habrían retrocedido empujados por el viento y el duro hielo de las cumbres. Ahora habían sido descubiertos.

Agachó la cabeza.

El hombre jefe del grupo de cazadores pasó corriendo al frente de los demás con su lanza. La

niña ocre apareció en el corral y la llama roja se lanzó sobre ella. Chillaba, daba coces, escupía, trataba de escapar de su prisión.

—No tengas miedo —dijo la niña. Se montó sobre ella y partió con Ami corriendo detrás de su madre, galopando por la estepa detrás de los hombres que agitaban piedras y palos. En un recodo del bosque de espesos tamarugos y robles, la llama roja vio a Cauro al frente de su manada.

Los hombres habían surgido de todas partes acorralándolas. Con los pies, la niña ocre detuvo a la llama que montaba. Pero Ami, la pequeña llamita blanca se adelantó hacia Cauro galopando con la rapidez del viento.

—No tengan miedo. Estos hombres no matan — gritaba Ami con todas sus fuerzas. Pero su voz era pequeña y nadie le oía.

De pronto, un dardo dirigido a Cauro partió en su viaje de muerte y se atravesó en Ami, que corría. La pequeña llamita cayó sin un solo grito con el muslo atravesado, como si una pequeña nube se detuviera de pronto.

La llama roja dio un corcovo y galopó hasta su hija. Pero la niña ocre se le adelantó. Se tiró al suelo, cogió a Ami y le sacó, limpio, el dardo con las dos manos, despojándolo de su punta. Era muy diestra. Luego, se inclinó y succiono largo tiempo la herida y escupió en el suelo botando el veneno.

Finalmente, la llenó de hojas y tierra de una bolsa que llevaba al cinto.

Ami parecía muerta pero de pronto, se estremeció con una respiración inesperada, como un soplo de viento. Intentó levantarse, llena de torpeza nuevamente, como si hubiera vuelto a nacer. Sus patitas se doblaban.

La niña se acercó a los hombres y les gritó algo. El hombre jefe les gritó también. Uno a uno, con mirada torva, los cazadores se fueron retirando hasta que la niña quedó sola frente a Cauro con la manada tras él. Se acercó al llamo con los brazos abiertos y cantando se encucilló muy cerca de él. Cauro hubiese podido patearla si quisiera, o escupirla, pero no lo hizo. La voz de la niña con ondulaciones que subían y bajaban sonó largo rato. El majestuoso animal se sentía atraído sin poder evitarlo por este sonido que anunciaba a un ser cercano. Se hallaba frente a alguien que no era su enemigo, una figura pequeña y poderosa que no sabía cómo, lo subyugaba. Al fin, ella extendió la mano hasta tocar el morro de Cauro. Luego lo llamó hasta la piedra y lo montó, como había montado a la llama roja el día anterior. Inició la marcha hacia el caserío, seguida de la gran manada de llamas rojas.

El hombre jefe de los cazadores habló mucho rato con ellos junto al fuego esa noche.

Todo parecía igual pero era distinto esa noche. Los hombres se paseaban inquietos, hablaban solos,

miraban sus lanzas. Las mujeres, felices, parloteaban más que nunca junto al fuego. Los hombres ya no tendrían que salir a aventurarse en las inmensidades de los bosques. A lo mejor podrían quedarse largo tiempo en ese lugar, sin tener que armar el equipaje y salir al viento y al frío cuando la comida se les acabara. Podrían experimentar con sus semillas enterrándolas en la tierra y esperar a ver qué pasaba.

La niña ocre, no decía nada. Tras el fuego, su fuerte figura, delgada como la de un muchacho, se recortaba contra la noche como un junco luminoso.

La vida del valle

Los hombres no se fueron en mucho tiempo de esa meseta. Allí, cada vez que necesitaban comer, se acercaban a la llama elegida de la manada y la niña le explicaba su muerte y le pedía permiso para sacrificarla. Solo a una y de tiempo en tiempo. Las llamas comprendieron que podrían quedarse junto a los hombres. En un mismo sitio tal vez. Cumplir su viejo sueño de un lugar llamado su mundo, un sitio cubierto de pasto verde que se agitaba al viento.

Los hombres siguieron teniendo lanzas y boleadoras; las usaban para defenderse de otros hombres. Las mujeres enterraban semillas y salían vegetales que comían. Los hombres se pusieron gordos y las mujeres también. Los niños jugaban todo el día en la pradera. A veces, los hombres salían a cazar pequeños cuyes y zorros. No podían olvidarse de su naturaleza cazadora. Guardaban las lanzas y las limpiaban con grasa día a día en la esperanza de esas locas carreras detrás de las huellas de un animal. Con los días comenzaron a acercarse a los lagos y a alancear a los peces. Pero era muy difícil. Entonces, algunos pensaron en cazarlos de otra manera. Tejieron redes con lianas y las tendieron sobre el agua, sentándose durante horas a esperar. Tuvieron éxito. De pronto, al recoger bruscamente la red, una multitud de peces

aparecía coleteando en la ribera. Otros usaron delgadas agujas de hueso y las ensartaron en conchas de moluscos, logrando un objeto móvil que llamaba la atención del pez que se acercaba, abría la boca y quedaba ensartado en el hueso aguzado.

Sin saber cómo, Ami siguió con los Hombres del Milodón atravesando el tiempo sobre su superficie sin entrar en él. Nadie en la banda supo que una noche Sat, en medio de conjuros, la había untado con un resto de la negra sangre del milodón, que todavía guardaba en un recipiente sellado. Pasaron los años y Ami los atravesó intacta, una llamita blanca, blanca como la nieve.

A veces, Lita, la niña ocre, caminante junto a los suyos en la búsqueda interminable del milodón, se recostaba sobre las rocas mirando la noche. Ami se tendía junto a ella mirando el cielo y se quedaba allí, sin moverse, como una estatua de sal alba y quieta. Tiempo después, cuando ya no quedaba ninguna de las primeras llamas rojas, Ami y Lita inseparables, se habían volado hacia otros prados junto a la banda. Viajaban siempre al sur. Imaginaban el ruido de unos árboles, más altos, más verdes, más tupidos y más húmedos. Un mundo frío y jugoso, el sur.

El cazador de figuras

A Akaro lo llenó de asombro la magnitud del lugar. Las paredes de roca de la cueva llenas de la noche del encierro, se erguían ante él. Akaro sacó su antorcha de sebo y pieles y la prendió con una yesca. Entonces quedó boquiabierto.

El lugar era inmenso. Era la cueva más grande que Akaro había visto. Una inmensa cavidad que parecía otro mundo, destilando a trechos un agua oscura y olorosa. En otras partes, la roca se elevaba lisa hasta la profundidad de un techo invisible. Y en otras, había gradas que iban subiendo hacia aquella oscuridad rocosa.

Akaro respiró con delicia el frío aire y los pulmones se le llenaron de un aire milenario. Subió por las gradas hasta que llegó a una gran roca lisa. Pasó la mano por ella. Parecía la piel de un animal pétreo, más duro que cualquier animal imaginable. Mas poderoso, más rocoso.

Entonces Akaro miró nuevamente la mano impresa que había dejado su mano mojada de zumo de semillas. Sacó un puñado de otras semillas blandas y se las restregó en la mano. Quedó lleno de una pasta oscura, casi negra. Untó un dedo en esta pasta y comenzó a trazar una línea en la roca. Su dedo se movía independiente de su tristeza o de su

voluntad: Akaro hizo la cabeza y luego el lomo y luego las cuatro patas de una llama, una inmensa llama, más grande que todas las llamas de este mundo, que quedó, ahí, en la pared de la roca, presa. Parecía correr, pero estaba quieta. Akaro, lleno de delicia por lo que acababa de hacer, se alejó unos pasos. Estaba tan absorto que se le olvidó que había subido unas gradas y rodó por ellas hasta el nivel más bajo. Desde allí a la luz de su antorcha de sebo, levantándola con admiración, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Había creado una llama gigante. Había cazado una llama gigante. El solo. Se miró las manos. Tendido en el piso de la cueva comenzó a reír, a exclamar, a reír. El solo había cazado una llama eterna, que no se detendría jamás en su carrera infinita a través del tiempo y de la piedra. Lloraba y reía, saltando solo en la cueva, bailando una danza con su antorcha. Estaba feliz. Sintió afuera, lejos, el rumor de un trueno, largo y poderoso. Pero no temió. Sabía, por fin, lo que había venido a hacer sobre esta tierra inhóspita. Sabía para qué había nacido. Se acercó a mirar a la gran llama y luego se alejó, para verla de lejos. De lejos, la veía mejor. Su animal. Su dulce animal de patas bifurcadas, su cabeza sobre un cuello largo y un lomo suave como una pendiente amable. Era idéntica a una llama. No. Era una llama, su llama. La primera llama que Akaro había cazado, apresando su forma y haciéndola aparecer en las paredes de la cueva, en un galope vivaz y detenido, casi milagroso y eterno. Eterno. Entonces, lleno de júbilo, subió de nuevo a la roca. Sacó esta vez unas hojas de su

bolsa, las machaco con agua y tuvo al cabo de un rato una pasta rojiza y densa.

Con ella llenó el contorno de su llama. Era una llama roja de patas claras. En un flanco, dibujó una mancha blanca. Su llama tenía esa señal sobre él costado. Luego, pintó unos hombres, los hombres que él temía, los hombres de su banda, los fue dibujando al correr de su dedo afiebrado por la roca lisa. Iban quedando ahí, corriendo algunos detrás de la llama, otros, muertos en el camino por una pedrada de otros hombres, los enemigos, que los habían atacado lunas antes, y que habían causado tanta mortandad en la banda. Todo lo pintó, olvidándose del tiempo y de sí y de su hambre y de su tristeza, hasta que la pasta se le acabó completamente y la antorcha comenzó a apagarse. Solo entonces se miró las manos. Las tenía rojas y negras, como las de un animal, sonrió. Era el rey de su pintura. Era el dios de su obra. En su piel entraron los colores. Se trazó sobre el pecho una larga línea con pintura roja que pasó por la mitad de su rostro y de su ser. Era poderoso. Era Akaro, el pintor, el creador. Sus animales estaban ahí, vivos, esperándolo, pendientes de su trazo.

Akaro y Lita

Akaro salió de la cueva decidido a regresar a la banda. Caminaba bajo el alero rocoso cuando sintió el olor. Y enseguida la vio.

Se quedó de pie, sin moverse, con la boca abierta por el asombro y la admiración. Era una niña. Una niña de su tamaño, que corría como el viento, persiguiendo una llamita blanca. Iba acortando distancia poco a poco, con una velocidad tan asombrosa que parecía silbar mientras corría. Akaro la miraba correr por la meseta, sin poder despegar sus ojos de ella. Vio más allá a la llamita blanca, casi un montoncito de huesos y de lana alba, que corría sin parar. Akaro se subió a una roca y desde allí, sin poder creerlo, vio cómo la niña le daba alcance a la velocísima llamita y le ponía la mano sobre el cuello. Pero no la hería, no la hacía caer. No le enterraba la lanza con un grito salvaje. Luego, le decía algo. Sí. Le estaba diciendo algo. Entonces la llamita acercó su hocico al hombro de la niña, que le acarició el lomo y emprendió el camino con ella, abrazada por el cuello, dulce y confiada.

Akaro se sintió locamente feliz. Por fin hallaba un ser con su mismo corazón compartido entre todos los seres vivos. Corriendo bajó tras la niña y la llama y les salió al encuentro.

Los dos, niño y niña, quedaron mirándose. Los ojos cruzaron preguntas mudas, se olieron, se miraron las pieles. Pertenecían a bandas distintas. Pero Akaro quedó subyugado por la belleza, la fuerza y el nervio lleno de energía de aquella rara niña que a la fuerza unía la ternura. Su pelo color de tronco de árbol, de un rojo oscurísimo, enmarcaba lacio su rostro de ojos profundos del color de las raíces.

Entonces Akaro hizo algo que nunca antes había hecho para nadie. Les hizo señas a la niña y al animal que lo siguieran. Después de algunas vacilaciones, la niña se decidió a seguirlo. La delicadeza de Akaro, sus ojos de urgencia, sus ojos inmensos y suaves, su sonrisa que contenía al mundo, y sobre todo, sus ademanes amistosos, la decidieron a seguirlo.

Cuando llegó a la cueva, Akaro orgulloso, subió al saliente rocoso y prendió su antorcha de sebo.

La paleolama, dibujada y perseguida por los hombres se iluminó bajo los ojos estupefactos de la niña. No podía entender qué hacía allí esa llama gigantesca, a punto de correr, palpitante, detenida en la piedra, entrelazada por la dureza y la eternidad de la pared rocosa.

Entonces, Lita comprendió que aquel niño era importantísimo para la vida de su banda. Supo con su poderoso olfato del corazón, que lo que aquel niño dibujaba quedaba apresado en el futuro. Y en

ese mismo instante sintió que aquel niño prodigioso, debía dibujar los trazos del Milodón, apresarlo en su forma, rasgo a rasgo, miembro a miembro. Era lo único que tenía que lograr. Sería la única manera que tendría su banda de dar alcance al monstruoso animal. Ese niño tenía que dibujar al Milodón. Tenía que hacerlo.

Akaro bajó de un salto y salió de la cueva. Anochecía y debía regresar. Entonces vio que la niña se lanzaba casi sobre él e intentaba agarrarlo y llevárselo. Akaro comenzó a correr, aterrado. Aquella niña bellísima, que corría como el viento, lo había elegido como víctima. ¿Comería carne humana? El terror lo hizo salir disparado hacia la espesura del bosque. Lita comenzó la persecución con su veloz carrera.

Pero Akaro no estaba dispuesto a dejarse coger, ni aun por aquella niña que lo atraía poderosamente. Subió rapidísimo a un árbol. Era su especialidad. Había pasado toda su vida trepando de un salto a las ramas más altas para coger semillas y hojas colorantes. Desde arriba vio cómo Lita olía el air, sorprendida de verlo evaporarse entre las hojas tupidas de los helechos y las araucarias gigantes. El niño de la magia en las rocas había desaparecido.

Lita emprendió el regreso hacia la Banda del Milodón abrazada al cuello de la llamita blanca. Aquel niño prodigioso se había evaporado en el aire. No importaba. Algún día volvería a encontrarlo. Ella recorría una y otra vez los bosques y conocía cada

recodo entre los árboles inmensos. Supo que ambas bandas estaban compartiendo áreas boscosas que lindaban. No sería difícil volverlo a encontrar. Su delicadeza, y su aspecto frágil, como el de un pequeño animal recién nacido, eran notorios y lo harían reconocerlo donde fuese. También sabía que necesitaba su poder, la magia de traer los animales y hacerlos aparecer en la roca desnuda, apresando la vida.

Lita dejó de husmear el aire azul y se alejó.

La celebración

Los hombres de la banda a la que pertenecía Akaro habían vuelto hacía mucho de la cacería. Ya toda la banda había comido y ahora los hombres, con la panza llena, eructaban y se tendían alrededor del fuego para que las mujeres los despiojaran. No había ni que pensar en comer. Los pedazos asados ya estaban guardados en las bolsas de piel y puestos arriba, donde comenzaba la nieve, para su conservación.

Pero a Akaro no le importaba ningún ojos brillantes se acercó suavemente y se sumó al grupo de niños y de mujeres que oía el relato del hijo del jefe. Contaba tan bien, que todos se acercaban a oírlo y se iban quedando dormidos, mientras el joven les decía cómo había sido la cacería.

Esta vez sólo una llama, contó. Las mujeres estaban contentas sin embargo. No era mucha carne, pero la piel era muy preciada. La mujer del que la había muerto, raspaba la piel con las piedras cortantes para sacar todos los restos de carne que quedaban contratiempo de esta vida. Tenía su propia fuerza encerrada, latiendo dentro de sí, invencible y distinta. Con los pegados al pellejo.

No había sido una cacería fácil. El hijo del jefe, Coire, narraba una y otra vez cómo habían perdido

la huella al comenzar a caer la nieve. Todas las pisadas se habían perdido. Los hombres, desilusionados, estaban dando la vuelta para ir en busca de otra presa, cuando de pronto, sin saber cómo, la llama rojo oscuro, inmensa, se había presentado ante sus ojos, como si hubiera estado escondida entre la lluvia y el hielo. Los hombres tomaron rápidamente sus boleadoras y la acorralaron.

Entonces Akaro, temblando, acercándose a los que estaban en primera fila alrededor del fuego que crepitaba, preguntó:

—¿En qué momento sucedió? ¿Después del trueno más largo? ¿Era un animal muy grande, de pelambre oscuro casi negro, con las patas de adelante más claras? ¿Con una mancha, blanca en el costado?

El jefe Ansar, su hijo, Coire, y los demás hombres de la banda se quedaron mirando fijo a Akaro, con los ojos llenos de sorpresa.

—¿Estabas ahí? No te vimos. Te buscamos por todas partes. ¿Fuiste con nosotros?

—Algo así —dijo Akaro, misterioso, sonriendo.

Era su llama. Los cazadores habían encontrado la llama que él había dibujado. En el momento en que él la había pintado en la roca, los hombres la habían encontrado de repente, sin explicación. Y habían

podido cazarla.

Así es que para eso había venido él a esta tierra bajo las estrellas. Para eso había bajado. Para ser un cazador de las figuras. Esa sería la manera, la única manera, por los pocos animales que iban quedando, de cazar, en adelante.

Sonrió, con la cara roja ante las llamaradas del fuego.

—No te vi, pero por lo que dices, estuviste ahí —dijo Ansar, el jefe—. Era el mismo animal que describes. Sí—agregó—. Apareció después del trueno más largo—. E indicó con un gesto a las mujeres—. Sírvanle —ordenó—. El que trabaja, come.

Akaro comió feliz su pedazo de carne asada bajo las estrellas del sur, junto al fuego.

Después les mostraría, decidió. Después. Además, tenía tanto que hacer. Tenía que internarse en el bosque para recoger todo lo que pudiera de aquella semilla oscura y buscar otras, para hacer la pasta que untaba su dedo mágico lleno de líneas que iban cobrando vida sobre el muro gigantesco de aquella cueva.

Después. Ahora tenía sueño. Mientras se adormecía, la imagen de la niña y de la llama aparecieron dibujadas en sus ojos semicerrados como insertas en la roca. La volvería a encontrar.

Estaba seguro. Y supo que ella lo había perseguido, no para cazarlo o hacerle mal, sino para pedirle algo. No sabía qué. Ya lo sabría. Bostezó mientras la figura inolvidable de aquella niña erguida y fuerte se iba adentrando en su sueño.

Y recostando la cabeza en una piedra se quedó dormido sonriendo. Era el día más feliz de su vida. Había nacido, por fin, a la existencia de los hombres.

Hasta encontrar al Milodón Gigante

Lita se halla atravesando por un bosque distinto. Esta tupición de diversos árboles sucediéndose y volviendo a aparecer sin fin la desorienta un poco. Su olfato la rescata sin embargo. Siente el olor del huemul, el olor del miedo del huemul, pardo, liso, sin una mancha, que escapa pisando casi alado sobre el agua con sus finas pezuñas. Lo tendrá que alcanzar. Siempre lo ha hecho. Pero esta vez, ella siente que corre hacia una parte más lejana que el encontrar una presa de caza. Siente que corre, como decirlo, hacia sí misma. Pero no lo entiende. Solo lo siente. En la piel. Su paso elástico avanza como un silbido por el aire frío y verde.

Lita recuerda. El tiempo inmenso que lleva a su espalda, le vuelve en bocanadas, como los truenos de una tormenta. Recuerda una llanura interminable, en la que cazaron por acorralamiento a algunos bisontes, mamuts y grandes caballos. Se detenían algunos días, despresaban al animal, las mujeres sacaban las pieles, las preparaban, las masticaban hasta volverlas suaves al tacto, cocían los trozos al fuego, los hombres comían y dormían sin cesar, abrigados con toldos hechos de palos y pieles, en esta llanura sin rocas, sin hendidura ninguna donde protegerse.

Recuerda la llanura extensa y helada como el infinito, donde Uhle comenzó el entrenamiento de Lita. Recuerda las miradas desconfiadas de las mujeres. «Debió haberla muerto a pedradas al nacer», murmuraban sin que Uhle las escuchara. «Una mujer», susurraban los hombres, «¿para qué sirve una mujer?»

Lita recuerda cómo Uhle la presionaba con sus exigencias de resistencia física. La hacía correr largas distancias sobre el hielo, casi desnuda, vestida apenas con un ceñidor, sin zapatos. Recuerda como la fuerza y la agilidad fueron subiendo por sus miembros dándole poder. Era la corredora más veloz, el olfato más agudo de la banda.

Después de la muerte de Makka, Uhle la había integrado a la banda de cazadores. Jamás se quedaría entre las mujeres. Viviría siempre entre las locas carreras, a través de las estepas con el rostro partido por el frío y el viento. Y ahora corría entre aquellas extensas zonas boscosas de árboles gigantes que no dejaban ver el cielo.

A pesar de la feroz resistencia de los demás hombres, que gruñían y clavaban sus lanzas en el suelo cuando la miraban, Lita los había sorprendido a todos. Su olfato, en primer lugar. Era capaz de seguir el rastro de un animal a miles de pasos de distancia. En las jornadas, de pronto, se detenía, volteaba su cabeza, con el mismo pelo oscuro con llamas rojizas e indicaba en dirección contraria a la

que iban. Nunca se equivocaba. Siempre, al cabo de sus pasos, encontraban al animal. En esos casos, Lita levantaba a veces la cabeza hacia su padre. Y lo veía mirándola con una ternura llena de tibieza, sus ojos de rudo cazador, sus ojos iluminados con pequeñas rayitas amarillas. Sólo entonces Uhle sonreía.

Y luego, lo asombroso. Desde aquella mañana en que Lita había vuelto a la banda montada en la gran llama roja con la pequeña Ami entre sus brazos, Lita atrapaba con su magia a los animales. Los acechaba agazapada en silencio y de pronto se presentaba ante ellos. Ya fuera bisonte, caballo, guanaco o huemul, los animales quedaban hipnotizados por el poder de seducción que como un líquido, emanaba del cuerpo de Lita. Se acercaba con su voz ondulante, se atrevía a acariciarlos en el lomo, en el hocico, les palmeaba los cuartos traseros, les agarraba las orejas.

El animal pasaba a ser parte de su rebaño. Este se agrandaba cada vez más y seguía a la Banda del Milodón como una despensa permanente. Tras Lita y la Banda del Milodón, iban ahora dos caballos, tres ciervos de los pantanos, siete huemules, cuatro guanacos, dos zorros colorados.

Nunca se había visto que las víctimas siguieran a sus victimarios. Pero así era. Los animales seguían a la Banda. Ya no quedaba ni una de las catorce llamas del primer rebaño. Habían ido siendo comidas. Otras, cuando la banda volvió a caminar

hacia el fin del mundo, habían enfermado de frío y murieron. La Banda del Milodón tenía preferencia por su carne y por su piel que permitía abrigarse como ninguna otra cosa del frío metálico y cortante de las semicumbres.

Pero nadie podía agarrar un animal de los que seguían a Lita y sacrificarlo. Eran animales que pertenecían a todos. Era solo su padre, Uhle, quien designaba en una ceremonia, bajo la luz del fuego y de la luna, qué animal se mataría al día siguiente de los del rebaño que seguía a Lita.

Pero seguía habiendo partidas de caza. Toda la ferocidad de los hombres se concentraba en estas incursiones y volvían con salvajes gritos de triunfo y el animal ensartado en sus lanzas. Lita no miraba. Y esa noche, no comía de la carne del animal muerto en batalla. Eran las noches en que los cazadores recuperaban su prestigio acorralando y matando a sus presas en quebradas o riscos y lanzándoles grandes piedras en la cabeza. Cuando el animal había muerto, lo arrastraban hasta el lugar de desprese y llamaban a las mujeres y niños con gritos. Eran noches de ferocidad y de alegría salvaje y hambrienta. Todos parecían volverse un poco locos.

Pero otras veces, cuando el hambre arreciaba y el hielo parecía aprisionar las almas de los hombres, y los cazadores llegaban con las manos vacías de algunas de sus partidas de caza a muerte, entonces Uhle hacía una señal a su hija. Lita se dirigía a

alguno de los animales que iban siguiéndola y lo abrazaba con una suavidad infinita, explicándole al oído que necesitan su carne porque si no comían, los Hombres del Milodón morirían. Luego daba la señal y solo ahí podían los cazadores matarlo con sus lanzas o llevarlo hacia un desfiladero desde donde le lanzaban un pesado peñasco en la cabeza. Cuando el animal moría, llegaban las mujeres, armadas con sus cuchillos de descarnar y sacaban primero, los cuartos traseros, los mejores, y se los ofrecían a Uhle. Este siempre los partía en rigurosas partes iguales. No había privilegios en la banda. Solo existía un jefe, el mejor cazador.

—¿Por qué caminamos entonces? —rezongaban entre dientes algunas mujeres, cansadas de preparar el equipaje y de partir, siempre hacia adelante, sin descanso—. ¿Por qué si tenemos la comida con nosotros? ¿Por qué seguir si en el valle sembrábamos y pescábamos, estábamos tranquilas?

Hacia el final de aquella meseta interminable entraron en un territorio de altas montañas. Fue allí, una noche junto al fuego, que Sat lo había anunciado a la Banda. Lita lo recuerda mientras corre por el oscuro bosque sureño.

Todos sabían que iban en busca del Milodón Gigante. Siempre irían en su búsqueda. Pero estaba lo otro, lo inexplicable, ese peso sordo del tiempo en sus hombros. Sordamente, cada uno entre sueños y oscuridades de sí mismo, se había dado cuenta. Pero nadie lo había querido lanzar fuera de la boca.

Temían.

—La sangre del Milodón —había dicho esa noche Sat, cuando todos estaban sentados alrededor del fuego.

—Qué pasa con ella —dijo Uhle, huraño, removiendo brasas.

—Nos ha hecho inmortales, dijo Sat.

—¿Qué es eso? —preguntaron todos.

—Que no podemos morir —dijo Sat simplemente, mirando reconcentrada las brasas—. Que no podemos morir —repitió—. Ninguno de nosotros ha muerto. Y llevamos cientos de miles de lunas caminando. Habrían sido necesarias varias vidas de hombres para llegar a estas montañas. Y nosotros seguimos siendo los mismos. Nadie ha envejecido, ni ha muerto. Y lo que es peor —añadió—, nadie ha nacido. Todos seguimos teniendo la misma edad y la seguiremos teniendo hasta...

Se detuvo. Las palabras le pesaban como una montaña. Todos en la banda quedaron en silencio. Era cierto.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Uhle.

—Hasta que demos, muerte al Milodón Gigante —dijo Sat poniéndose de pie—. Sólo entonces recuperaremos nuestra capacidad de morir.

—Y para qué queremos morir —dijo uno de los hombres.

Las mujeres se alzaron contra él.

—Qué tonto —exclamaron—. ¿No entiendes que es una maldición de la que tenemos que librarnos? Ser inmortales no nos libra del trabajo, ni del frío, ni del hambre. ¿Quieres seguir persiguiendo presas para comer por toda la eternidad?

El hombre se lanzó contra ellas con su maza. Pero ellas lo detuvieron inmovilizándolo entre todas. Los demás reían.

Uhle hizo una señal. Que se calmaran.

—Es cierto, Sat —dijo—. Tienes razón. Tenemos que encontrarlo y darle muerte. Solo así volveremos a ser los que éramos allá, en la estepa infinita.

Se hizo un silencio. La peregrinación continuaría. Entrábamos en otra tierra, montañosa, abrupta, de suelo irregular. Estábamos a gran altura. Algunos tenían los labios azules. Hacia abajo, casi imposibles de ver, se divisaban algunos valles verdes.

—Iremos por las montañas —decidió Uhle— Siempre dos o tres irán en busca de sus huellas. Si baja, lo verán. Sabemos que ha tomado este camino. Seguiremos este camino. Pero las alturas nos protegen: Los valles pueden estar habitados. No entraremos en guerra con las otras bandas. Nos concentraremos en una sola cosa. Encontrar nuestro

destino.

Y así se hizo. Siempre se hacía lo que decía Uhle.

Lita revive aquella escena mientras corre con la piel humedecida por las gotas de agua que arrojan los helechos y otras ramas verdes. Sigue la huella y el olor de su presa. «Un animal más que pasará al corral», piensa. Luego recuerda a aquel niño del bosque. El hacedor de figuras. Necesita encontrarlo para que los acerque al animal de su destino.

Las huellas cercanas

Una cadena interminable de altas montañas y hielos bordeaba la tierra angosta por la que marchaban. Abajo, sin embargo, era delicioso. Solo las severas órdenes de Uhle de no bajar podían impedirles a los Hombres del Milodón trotar montaña abajo y penetrar en los hermosos valles verdes que se veían a lo lejos. Bandas de humanos recorrían los pastizales. Pero ellos iban por las alturas. Esa era su fuerza. Tenían la visión del mundo y de los humanos. Y tenían sus animales. El rebaño de Lita los seguía.

Desde la revelación de Sat, las cosas habían cambiado entre ellos. Ya no eran una banda cualquiera recorriendo la tierra en busca de alimento. Habían adquirido brusca conciencia de su inmortalidad y de la urgencia de terminar con ella. La eternidad de la existencia aparecía como una maldición imposible de digerir. Todos, hombres, mujeres niños y adolescentes, que no crecían ni envejecían, se habían unido en la urgencia de recuperar su condición mortal. Los rastreadores traían cada día reportes sobre el tipo de animales, el clima y sobre todo, las huellas del Milodón.

El olfato de Lita estaba encauzado exclusivamente a tratar de hallar las señales del

Milodón. Todos los hombres de la banda buscaban, en silencio tenso las mismas huellas, en aquel tiempo que se extendía ante ellos como el horizonte sin fin.

Un día, Lita descubrió las pisadas. Eran unas huellas hondas, frescas, que descendían hacia uno de los valles que se formaban entre las montañas. Finalmente. Su corazón latió con fuerza. Estaba allí, cerca, podía olerlo, presentirlo.

Lita tenía la prohibición terminante de Uhle de acercarse a aquel animal. Era el único con el que no podría jamás probar su hechizo. Pero su anhelo, su ansiedad eran demasiado grandes: le destrozaban el pecho. Siguió las huellas inmensas del animal. Sentía fuerte en las narices su olor. Un extraño olor, a miedo, a cansancio, a sangre, a pasado. Lo siguió, parapetándose entre los riscos. Estaba muy cerca de él. Por fin, lo divisó.

Quedó asombrada. No recordaba ese tamaño. Más grande que los mastodontes, más pesado que un mamut. Su paso hacía temblar la tierra.

Entonces, Lita sintió sobre su espalda la mano de hierro de Uhle. Se volvió sorprendida. La había seguido sin que ella se percatara, en su ansiedad por encontrarse con aquel ser.

El rostro de su padre estaba descompuesto. Una ira rojiza le cruzaba el rostro. La abofeteó hasta que cayó al suelo. La levantó y la sacudió por los

hombros. Gritaba

—¡Nunca! ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca, te acerques a él! Dilo.

—Nunca... me acercaré a él —repitió Lita asustada por los ojos perdidos de su padre, por su odio y su temor. Había dejado de ser su padre, su maestro, el gran cazador.

—Lo haremos los hombres, Lita. Nosotros, los hombres. Cuando llegue el momento —exclamo Uhle, en voz baja, contenida, tensa, sin explicarle nada más en aquella mañana lejana, que Lita recuerda como si fuera hoy. Todo el amor de su padre convertido en miedo. En miedo por ella. No podía correr la misma suerte de Makka.

Uhle mandó bajar al valle a sus hombres y a toda su banda. Eran valles extensos, planos, llenos de hierba y arbustos. Parecía el lugar perfecto para quedarse, suspiraron las mujeres. Y para cazar al Milodón, pensaron los hombres.

Pero, una vez más, el animal maldito logró escabullirse. Alzándose en sus inmensas patas traseras se alejó comiendo distancias en cada paso.

Parecía imposible que pudiera, eludirlos, pensó Lita. Era tan grande. Y sin embargo, conocía a la perfección el arte de sumergirse entre los ramajes y los bosques.

Más al sur aún

Lita recuerda todo esto y sabe que ha dejado cientos de años sin recordar. La gente de la banda ha vivido demasiado.

Habían atravesado toda la tierra angosta, esa franja de montañas y un territorio estrecho que parecía precipitarse al mar. Atrás había quedado la meseta cálida y nuevamente habían tenido que acostumbrarse a fríos intensísimos y nevazones cerradas, peores de las que nunca habían visto en la estepa infinita aquella de la que habían salido hacía miles de años. Cubiertos de pieles contra el viento y la nieve, parecían veleros inmortales, sin tiempo avanzando contra el tiempo hacia los bosques del sur.

No volvieron a bajar de los altos montes. Desde lejos vieron extensiones de bosques y pueblos que vivían, nacían y morían ante sus ojos. No querían ser vistos. LOS animales del rebaño de Lita fueron muriendo uno tras otro, quedando como quejidos en el camino.

Sólo el Milodón Gigante, seguía su marcha incesante hacia allá, allá, agujoneado, tal vez, por la banda, que lo seguía imperturbable, en una especie de diálogo de perseguido y perseguidor, mudo y claramente reconocible.

Poco a poco, el frío iba disminuyendo su dureza. Las nieves solo persistían en las montañas que se hacían más bajas y más suaves. Habían entrado a una zona de bosques impenetrables y misteriosos.

El Milodón se cansaba. La banda lo sentía. Estaba lento. Se dejaba ver cada vez más a menudo. Los cazadores habían logrado acercarse hasta él a extremos de poder lanzar una o dos lanzas, que habían rebotado sobre su dura piel de cientos de años. Pero ya no escapaba con la cautela ni la inteligencia de antes. Torpes, sus huellas inmensas aparecían cada vez más cerca de los hombres de la banda. Se diría que pedía que lo cazaran, que lo liberaran de esta huida infinita.

Lita a pesar de seguir ahincada en sus catorce años y en un cuerpo de niña, había ganado una experiencia que la hacía conocer cualquier terreno como cazador experto. Sin embargo, Uhle, temeroso e inseguro, quería vigilar cada uno de sus movimientos. Intentó relegar a su hija al grupo de mujeres y dejarla con ellas mientras él salía a incursionar tras las huellas del Milodón. Pero eso ya no era posible.

Las mujeres rechazaban a Lita y ella se escapaba del fogón. Realizaba sus propias incursiones por los bosques con una pericia de largos años y con la juventud de su inmortalidad. Seguía persiguiendo a los animales por el placer de competir con su rapidez y reflejos. Daba caza a guanacos, huemules, a los que traía de los belfos y los convertía en mansos

seguidores de la banda. Pronto eran sacrificados. No había presas mayores que permitieran comer por varias semanas, como antes. Algo había en el clima que hacía más voraces a los hombres. Nada los llenaba. Dormían a sobresaltos bajo las pieles para resistir la intensa lluvia que llenaba el mundo de hojas y gotas y que, poco a poco, iba ablandando el hielo, resquebrajándolo como los huesos de un gigante viejo.

Scort

A Lita le gusta este mundo final entre los hielos reblandecidos, las ramas de helechos, grandes plantas que surgen entre las aguas y un aire leve. Presiente que más allá volverán a aparecer los hielos del inicio y no se equivoca. En medio de su veloz carrera, recuerda al frágil Akaro. «Si lo hubiera encontrado», piensa. «Si ese niño mágico hubiera hecho aparecer al Milodón en las paredes, de la cueva, el triunfo estaría asegurado», piensa Lita. Recuerda como si los tuviera ante sí sus inmensos ojos de ciervo y su fragilidad extrema.

Esa mañana, en medio de la niebla, Lita se hunde en el vasto bosque persiguiendo un huemul, guiada por su olfato y la fina percepción del derrotero que elige el animal.

—Psst, psst —va diciendo para tranquilizarlo—. No te haré daño.

De pronto, un proyectil delgadísimo, y veloz como un ave, pasó ante sus ojos y se clavó en un árbol. Lita se detuvo en seco. Era de un ser humano. De eso no cabía duda. Una pequeñísima especie de lanza volando en el aire a toda velocidad y ensartándose profunda en la corteza de un maitén. Lita se acercó a examinar este extraño objeto. Pero en ese mismo momento, sintió un leve rumor de

hojas. Se volvió, veloz, y detrás de un helecho gigantesco apareció un ser que trastornó a Lita.

Era un muchacho. Un muchacho delgado, un poco más alto que ella, de piernas fuertes, de torso desgarrado. Tendría su misma edad. La miraba como si hubiese visto una aparición y no fuese él el perseguidor, sino el huemul perseguido. Su cuerpo se replegó hacia la espesura, pero después se detuvo. Sus ojos negríssimos y rasgados, parecían hechos con un cuchillo sobre su cara. Estaba pintado con rayas blancas horizontales en el cuerpo. En la cabeza su pelo caía como un agua recta sobre los ojos. Era un flequillo, liso, negro, casi líquido, que parecía pintura.

Lita se acercó a él y él retrocedió.

Lita extendió la mano y lo tocó. Era lo mismo que con los huemules y los guanacos. No. No era lo mismo. Apenas lo hubo tocado, tan solo un leve roce, porque el muchacho se echó para atrás, Lita sintió una emoción desconocida. Entonces él habló. Su voz era distinta a la de los hombres de la Banda. Más alta, lenta y musical.

—Scort —dijo. E indicó su pecho. Lo repitió. Lita comprendió que era su nombre.

—Lita —respondió en voz baja, para no asustarlo.

Pero se mantuvo a una distancia prudente. A él

no podía darle caza. No podía abrazarlo por el cuello y con un suave silbido, casi un susurro, hacer que la siguiera, como hacía con los animales a los que ella daba alcance y llevaba vencidos y domesticados al corral de la banda.

Esta vez Lita sentía algo distinto. Desconocido. Sólo quería seguir estando cerca de él. Que no se desaparezca, rogó. Que no huya. No podré seguirlo. Una extraña lasitud y deseo le inundaba las caderas. Él, entonces, muy lentamente, le tocó el largo pelo rojizo. Lita lo dejó hacer tal como las llamas y los ciervos alcanzados por ella se dejaban tocar y dominar. Cerró los ojos. El muchacho parecía no creer en el color ni en la densidad del pelo de Lita. Rojo. Rojo caoba. Como una sangre secreta y gloriosa de guerrera. Sus ojos negros brillaban. Lenta, muy lenta apareció una sonrisa en su cara.

—Scort —dijo Lita. Extendió la mano, pero él se apartó.

En su rostro apareció una sonrisa abierta. Una de las manos del muchacho resbaló por la cara de Lita que tembló, maravillada. El puente estaba tendido. Él se lanzó a hablar en un idioma que Lita no había oído nunca. Parecía un galope de cascos de caballo. Levantó los brazos. No entendía nada. Lita fue hacia el árbol y con un leve forcejeo sacó la flecha y comenzó a examinarla atentamente. Luego miró hacia él y vio la vara tensa con la cuerda. Él comprendió. Tomó la flecha, tensó la cuerda, apoyó la flecha en la cuerda y la soltó. Lita saltó hacia un

lado como una pantera, asustada. La flecha fue a enterrarse en un árbol mucho más lejano. Entonces Lita comprendió que estaba ante un invento prodigioso. Se lanzó, arriba del muchacho y trató de quitarle el arco. Él se desligó de sus fuertes brazos y escapó a perderse. Lita comenzó a seguirlo. Pero al poco correr se detuvo, asombrada. Por primera vez en su vida, no sentía el olor del rastro. En cambio sentía otro olor, un extraño olor a fuego y a cenizas en el aire. Y tuvo miedo. Una lluvia gris y densa caía sobre el mundo.

Volvió corriendo, como un celaje, adonde había dejado a la banda. Su cuerpo temblaba. El mundo entero parecía desconocido sin la cercanía de él. Era como si viera por primera vez los árboles, las ramas. Todo se extrañaba en una soledad blanca y fría como un hielo de lejana tristeza.

A lo lejos vio las cabezas de las mujeres, parlotando. Era la primera vez que volvía a la banda con miedo. Con miedo, se sentó en el grupo, junto al fuego que roía una carne, pegada a los huesos. Todo le era ajeno. Hasta sus dedos manchados de grasa. Hasta su propia sombra. El extraño se la había llevado con él. Tomó un pedazo de carne y comenzó a roerlo también.

Prisionero de la roca

Después del encuentro, Lita comenzó a salir sola. No iba tras ningún animal. Vagaba entre los árboles gigantes, demorándose entre los helechos. Tomaba pequeñas piedras frías y las iba calentando en la mano. Ya no corría tras los animales ni sentía esas ganas feroces de ejercitarse en la carrera. Se quedaba parada en medio del bosque oyendo sus susurros y soñando despierta. Volvía a ver al extraño joven en su mente. Una vez, hasta sintió su olor y corrió hasta un recodo, pero sólo era el hielo aprisionando a lo que había sido un grupo de árboles jóvenes, casi unos juncos. Se sentía extrañamente desazonada y helada como la misma nieve que cargaba las hojas. Una lasitud desusada la poseía. Lita se sentía rara, casi enferma. Sin embargo, iba todos los días al bosque a ver si lo encontraba. Las mujeres lo notaron e intercambiaron sonrisas entre ellas. Luego miraron a los jóvenes de la banda, pero estos devolvieron hoscas la mirada. No querían nada con Lita. Era una rival. Siempre lo sería.

Pasaron los días, las lunas y Lita no volvió a ver a Scott. En cambio, un día vio al prodigioso niño de la cueva. Akaro. Sin querer, lo había encontrado. Esta vez, él parecía buscarla. Circulaba alrededor de las ramas holladas por la banda, oliendo las semillas y la hierba. De vez, en cuando, trepaba a uno de los

árboles rapidísimo, casi una ardilla, ya estaba en la cumbre del árbol, casi un pájaro. Lita se detuvo al pie de una gran araucaria y miró hacia arriba.

Entonces, Akaro bajó. Se quedaron mirando con sus miradas abiertas, pero no sorprendidas ya. Se tocaron con sus ojos. Lita hizo un gesto con la mano significando la cueva. Akaro supo perfectamente qué era lo que ella deseaba.

Caminaron unas horas y llegaron a un alero muy oscuro, casi semejante a aquella cueva de más al norte. Akaro había pintado multitud de escenas de caza, de acorralamiento, llamas y guanacos huyendo, vicuñas, caballos y ciervos rodeados por hombres, algunos cayendo, otros con los pies amarrados, otros en hilera conducidos por cordeles tirados por hombres. La mayor parte de la pared estaba llena de figuras. Akaro encendió un fuego pequeño. En un rincón se apoyaba un tiesto lleno de un líquido rojo oscuro, casi sangre, y otro más negro, Lita indicó el rojo y pidió moviendo las manos que dibujara. Akaro demoró un rato largo antes de entender que ella no quería que dibujara cualquier animal. Era un solo animal. Un solo animal gigantesco. La mirada y los brazos de Lita, sobre todo su cuerpo expresivo, abarcaron toda la pared que enfrentaba los dibujos, toda la gigantesca pared desnuda. Indicó las manos de adelante, cortas, la cola gruesa como un reptil, las patas de atrás que mantenían erguido al animal. A contraluz, inmensa en su sombra, Lita proyectó con las manos alzadas la figura del Milodón que quería que el niño trazara.

Sus gestos se hacían más y más ansiosos.

De pronto, Akaro comprendió. La niña quería que dibujara un milodón. Comenzó febril a trazarlo subido sobre una saliente de la roca, las manos llenas de líquido rojo. Bajaba a buscar más líquido y proseguía el inmenso dibujo. Las patas levantadas en actitud de defensa, la cabeza ladeada, la cola moviéndose fieramente.

Cuando Akaro terminó, la niña se quedó quieta, en silencio, conteniendo la respiración. Allí estaba, gigantesco y quieto, apresado en el muro, el Milodón. Entrelazado con la roca, casi saliendo de ella con la maestría del dibujo. Parecía vivo.

La niña miró a Akaro. Se acercó. Akaro, con una emoción que no olvidaría jamás, vio las lágrimas en sus ojos color caoba. Su cabeza de pelo rojizo se sacudió con los sollozos. Akaro enrojeció. Entonces la niña se acercó y dulce, como en un soplo, le tocó con su boca la cara. Luego se alejó de un salto. Akaro salió y trepó a un árbol. La vio correr contra el hielo, contra el tiempo, dejando su pelo y su color en la velocidad, a través de la estepa llena de arbustos y árboles, esquivándolos como un pequeño caballo enloquecido. Luego, desapareció de su vista. Akaro se tocó la cara. Todavía estaba el pequeño casi inaudible beso de la niña flotando en su rostro. Se quedaría ahí para siempre, pensó, como una flor tatuada en su cara.

La última batalla

Al volver a la banda, Lita encontró una revolución en el campamento. Las mujeres levantaban las cosas como si fueran a partir de nuevo y corrían para todos lados. Los hombres preparaban sus armas, se engrasaban el cuerpo y se abrían pequeños tajos detrás de las rodillas para lograr más agilidad. En medio del bosque, el movimiento del grupo lo hacía parecer un pequeño pueblo. Lita se acercó a su padre.

—¿Dónde estabas? —gruñó Uhle, excitado—. Lo hemos visto. Pasó por aquí en dirección a esas rocas. Se metió en una cueva altísima. Así me lo han dicho los rastreadores. Anda debajo del alero. Apárate. Puede' estar cerca.

—Vamos, entonces —dijo Lita, aprestándose. Sabía que esta era la vez en que se enfrentaría a su padre.

—No —dijo Uhle—. Tú no vas.

—¿Por qué? —preguntó Lita desafiante—. Soy cazadora. Soy mejor cazadora que cualquier hombre tuyo. Puedo ir y tú lo sabes.

—Esta vez no vas, hija —dijo Uhle, empujándola con ternura y brusquedad hacia atrás, con una

ansiedad que salía de su rostro. Sus ojos estaban idos, inyectados en sangre. Parecía haber usado de nuevo aquellos, polvos que le habían dado los Chinchorro. Cuando los inhalaba Uhle cambiaba. Se transformaba en un ser lejano y alterado, con los ojos inyectados en sangre. Como estaba ahora.

Los hombres de Uhle empujaron a Lita al pasar con sus armas.

—Tú, quédate aquí, niña —dijeron—. Vamos a matarlo y esto es cosa de hombres. No te inmiscuyas esta vez. El Milodón Gigante está en aquella cueva. No hay que seguir, ningún rastro. No te necesitamos. No hay que oler ningún rastro. Esta es una batalla de verdad. Y a muerte. Anda con las mujeres.

La empujaron con brusquedad y salieron. El ruedo de las mujeres cuchicheaba mirándola y sacaba raederas y piedras de desollar. Todas estaban esperanzadas.

Los hombres partieron felices. Por fin podían estar solos con su jefe en algo de hombres. Sin la presencia caoba de aquella veloz, inquietante y joven guerrera.

Lita comprendió. Habían pasado cientos de años solo para que esta ocasión llegara. Los hombres habían estado esperando en su viejo corazón el momento de ponerla en su lugar. Esta vez obedecería y sería la niña que no había sido jamás.

Regresó con el grupo de las mujeres al alero; éstas recelosas y desconfiadas, le dieron la espalda. Lita era un ser de mala suerte. Hija de Makka, tocada por el Milodón Gigante. Atraía la tragedia y la muerte. Lita, extrañamente bella y enjuta como un joven guerrero, no pertenecía al mundo de ellas, que habían encendido, el fuego, hecho de comer y mascado pieles y machacado semillas por cientos y miles de años. Las mujeres gruñeron y le enseñaron los dientes. Comenzaron a tirarle, piedras. Uhle estaba lejos. No dejarían acercarse a esa criatura extraña, mezcla de joven y de espíritu de los bosques, que dominaba a los animales con la mirada y los esclavizaba al contacto de su mano. Varias piedras, ramas y antorchas ardiendo cayeron junto a Lita, Las mujeres gritaban.

—Ándate —le gritaron. Sus ojos brillaban de rabia contenida.

Lita se alejó. Estaba sola. Siempre lo había sabido. Era una extranjera en el mundo de las mujeres y en el de los hombres. Era una pequeña niña sola. Solo sabía seguir el rastro.

Y lenta, lentamente, siguió el rastro de los hombres.

Se detuvo a distancia prudente y vio cuando entraron a la cueva. Lita entró detrás; de ellos y se encaramó por las rocas de un costado. La oscuridad estaba iluminada por una luz mortecina. La altura de los techos la impresionó. Nunca había

visto una cueva tan grande excavada en la roca. Desde arriba caían hilos de agua. El mismo olor a fuego lejano y cenizas la golpeó en las narices de nuevo.

Desde detrás de una roca, Lita asistió paso a paso a la terrible batalla contra el Milodón acechado por los hombres de Uhle. Taparon la entrada con piedras inmensas y encendieron una hoguera dentro de la gigantesca cavidad. Él Milodón le tenía horror al fuego. Retrocedía bufando. Los hombres de Uhle le clavaban sus lanzas desde todos los puntos de la cueva, trepando por las rocas, bajando por ellas. El animal, cansado y herido, se sentó en sus cuartos traseros y comenzó a manotear.

Entonces, Uhle alzado sobre una roca húmeda, lo enfrentó y envió la lanza con un movimiento soñado y pensado desde hacía cientos de años. Desde aquella noche terrible, en Asia. Certera y sólida, la lanza se hundió entre los ojos del animal, donde tenía un pequeño triángulo de piel blanca. Era el golpe mortal. El Milodón cayó lento y desmañado sobre su propio cuerpo y expiró. Un aura grisácea se apoderó del animal vencido dejándolo inerte.

Un gran silencio reemplazó el ruido estridente de la batalla. Solo se escuchaba el jadear de los cazadores y el goteo que escurría por las paredes húmedas.

Estaban libres. Los Hombres del Milodón estaban libres. Se miraron sin poder creerlo. Después de

toda esta inmensidad de tiempo, Makka estaba vengada y ellos estaban libres de la maldición de la inmortalidad. Podrían envejecer y morir. Podrían descansar del hambre y del frío. Podrían salir de su cuerpo vivido hasta la saciedad y de la soledad transcurrida hasta el límite del mundo del hielo.

Entonces, Uhle dio por segunda vez su inolvidable grito. Era tan potente que las paredes de roca se estremecieron. El aire se trizó. Lejanísimo, comenzó otro ruido que salía sordo, de las profundidades de la tierra helada.

Y Lita, al sonido de aquel terrible grito, salió huyendo. Sentía que a través de aquel aullido, su padre la empujaba a vivir al mundo de más y más y más allá. Iba pisando hojas y ramas, huyendo de su pasado.

El Milodón inmenso yacía como una mole de carne cansada y grisácea en el medio de la cueva. Para siempre.

La huida

Lita corría. Huía locamente, pisando ramas, árboles, bosque, agua, pantano, lodo. Se dijo a; sí misma que iba tras un huemul, una pieza cualquiera. Pero sabía que no era así. Se dijo que seguía un rastro nuevo, que el olor de una nueva presa la llamaba, pero ella sabía que eso no era cierto. Esta vez corría sin pensar. Quería solo correr, y poner distancia, distancia, por fin, entre ella y su padre, sus rígidas órdenes, sus gruñidos, sus terribles ojos, sus tristezas anchas como las estepas solitarias del sur del mundo, sus entrenamientos agotadores, sus miedos, sus amenazas, su ternura, y distancia también, por fin, con ese grito de liberación que la liberaba a ella también.

El aire se despegaba de su cuerpo, más tibio, y todas las ataduras de su historia se soltaban. Corría, corría. Ella era la llamita blanca. Había dejado atrás a Ami. Ya las mujeres la habrían hecho entrar al corral protector de la noche. Le habrían echado el manojito de hierba. La prepararían tal vez para la próxima primavera como víctima propicia. Pero, ahora, la llamita blanca había quedado atrás.

Corría para poner distancia entre todo lo que la había rodeado desde el nacimiento y ella misma. Corría para crecer, para olvidar que era hija de un

padre reconcentrado que había cargado una madre muerta por cientos de años, corría hacia allá, hacia más y más y más allá.

Scort nuevamente

El bosque comenzó a hacerse cada vez más impenetrable y húmedo. Lita supo que estaba entrando en un territorio distinto. Y entonces, en medio de su carrera, de su escape, supo que en el fondo iba corriendo en pos de él, de Scort, del recuerdo del ser que más la había atraído en su vida. No lo veía, pero algo en su olfato prodigioso le decía que estaba cerca. Tenía la imagen vívida del joven delgado como una rama que la miraba desde su flequillo, con los ojos sombreados, con los pies clavados al suelo, como si fueran de barro. Del único que la había superado en habilidad.

—Scort —pronunció, mientras sus pies volaban a ras del suelo sumergidos en su propia velocidad.

Ahora que huía de la banda, necesitaba desesperadamente nombrarlo.

—Dónde estás, Scort —murmuró con la boca llena de viento, corriendo sin parar mientras el agua de una lluvia imparable le llenaba la boca y los ojos.

Y antes de que su voz desapareciera, comenzó el temblor. Sus pies fuertes y seguros no supieron dónde caían, el suelo subía y bajaba, su carrera se deshizo y Lita tropezó. La tierra comenzó a moverse de una forma tan violenta que apenas podía

caminar. Desconcertada, trató de volver atrás. Caminaba afirmándose en los árboles, como lo hacía Uhle, su padre, cuando aspiraba aquellos polvos de la tableta que le habían dado los Chinchorro allá en el lejano norte.

Entonces, la tierra se volvió agua. Se movía con una oscilación tan grande que Lita cayó sobre sus rodillas. Y vio, con la boca abierta cómo la tierra de hielo se separaba, en una grieta a solo unos cien metros de ella y una superficie hirviente llena de erupciones de agua se lanzaba hacia todas direcciones, como si un caldero tapado hacía siglos se hubiera destapado de pronto.

Se encontró en unos segundos en un lugar completamente distinto del que estaba hacía unos minutos. Era la orilla del mar. La forma de la tierra había cambiado. Se había separado en dos. La tierra se separaba en dos y ella estaba en el pedazo más al sur. Ella y la banda habían quedado en dos territorios separados por el mar, pensó, enloquecida de temor. Estaba sola en la punta del mundo. Le castañetearon los dientes. Seguía temblando. En la otra orilla vio a la gente de su banda que le hacía señas desesperadas, sus brazos y cabezas cada vez más pequeños, agitándose como hormigas, en medio de una nube de fuego y cenizas y de violentos movimientos. La tierra donde estaba Lita se había separado de la tierra del mundo y comenzaba a navegar. Sintió a lo lejos, apenas como un sonido pequeño el potente grito de su padre. Luego lo apagó una ola. Había surgido el mar allí donde ella

había pasado un minuto antes. Ya estaba lejos del alcance de su padre. Ya estaba lejos de sus caricias y sus llantos. Y de su furiosa espera del Milodón. Ya estaba lejos de todo su mundo. Lita vio como, lentamente, ellos se iban perdiendo, alejando más allá del horizonte movable de las aguas revolucionadas. Se irían. De regreso hacia los bosques del norte. A pesar de que sabían que ninguno llegaría, porque ya eran mortales, volvían de regreso soñando con las estepas de Asia que habían dejado. Era lo único que tenían para soñar. El pasado. Soñando con que alguno de sus hijos pudiera regresar algún día al puente entre dos mundos. Vio desaparecer su banda, su vida, su pasado, entre vapores de agua, ramas y pedazos de tierra con raíces al aire.

Lita se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el sur. El mar se había calmado. Los feroces chorros de agua nacidos a presión desde la tierra se habían resuelto en una anchísima banda de agua. Era extraño, pensó. Ya no sentía miedo. Una certeza ancha y fuerte hacía seguro su paso. Algo en su piel le advirtió que pronto vería a alguien. Todos sus poros se aprestaron para el encuentro. De pronto, comenzó a pisar un algo extenso y blando. Sus pies se hundieron y desaparecieron. El piso estaba blando como la piel de un niño. Vio que no era hielo ni tierra, sino agua.

Se acercó al borde de los árboles y se agarró de ellos. E inclinándose hacia abajo, se vio a sí misma. Quedó absorta mirándose en el agua recién salida

del mar, límpida y oscura. Se veía, no muy alta, delgada, nervuda, de pechos incipientes, de caderas estrechas, levísimamente redondeadas, su pelo oscuro y rojizo cayendo en cascada oscura por su cara hacia el agua. Sus pómulos altos. Sus ojos oscuros y antiguos, de cientos de años.

Lita se vio y sonrió. No había sonreído nunca. Entonces quebrando su reflejo, vio una canoa de piel tensada con varas, las mismas de la herramienta que la había maravillado tanto. Lita olió el aire y supo. Entrecerrando los ojos, sin mirar, supo que el que estaba en la canoa era, por fin Scort, su hombre, con el que habría de convertirse en yámana, con el que habría de vivir y engendrar a los hijos del sur.

El mar se había abierto y la tierra se había dividido en dos. Al parecer, eran los únicos que habían quedado en el otro lado. Lita sonrió nuevamente. Una vez más su olfato y la sensibilidad de su piel no la habían engañado. Era él. Scort. Enrojeció de placer y abrió la boca sin gritar. Su pelo caoba se agitaba entre el viento lleno de la llovizna de las aguas.

Él se acercaba diestro, con el remo, quebrando el agua. No emitía ningún sonido. Pero ella sintió su olor inconfundible a humo y a secreto y a ceniza y a amor resguardado y tierno, secreto y suave.

Ni siquiera tuvo necesidad de mirarlo ni de sentir el grito de él sonando sobre el agua. Le hacía señas

agitando su cuerpo. La había divisado.

Entonces Scort, sé puso de pie y haciendo bocina con las manos, ah, las grandes manos de él, donde cabía su mundo y el mundo, gritó su nombre de nuevo, desde el agua. Alto. Delgado. Fuerte como un árbol joven.

—Scort —decía amistoso él, mirándola, poniéndose la mano sobre el pecho, como había hecho la vez que lo había conocido. Le hacía señas de que no se moviera, ya llegaba, ya llegaba.

Se puso de pie sobre la delgada canoa de dos puntas que se elevaba sobre las aguas. Lita vio como elevaba el arco y se lo ofrecía, con los ojos tan suaves, tan terciopelamente suaves que Lita sintió por primera vez su corazón, su propio corazón, la piel de su propio corazón funcionando en el pecho. Ya no era la velocidad o la destreza o el reflejo exacto o el olfato perfecto para seguir la huella de ningún animal. La presa era ahora ella misma. Y cazada por el único ser en el mundo que quería que la cazara. Lento, Scort descendió de la canoa. La tierra seguía moviéndose con estertores aislados mientras del volcán a lo lejos bajaban ríos de lava ardiente como dedos de muerte sobre el continente.

Él venía a salvarla. Lita lo supo apenas vio la canoa y su flequillo. Scort estaba de pie en el centro de la embarcación acercándose lentamente hacia ella. La había encontrado no con la destreza de su olfato, sino con su deseo de muchacho enamorado.

Se acercó a ella, en medio de la tierra que se movía como el agua, en medio del ruido de catapulta de los hielos precipitándose unos contra otros, convertidos en gigantescos animales blancos en una lucha helada y final. La había encontrado con la exactitud de su amor.

Entonces, Lita recostada en la saliente de roca agarrada a las ramas de aquel pino inmenso desde donde venía otra Lita reflejada en el agua límpida naciendo del hielo de ese lago o mar, sintió nuevamente que la sangre corría por sus piernas, como cuando Uhle, su padre la había sangrado para que lograra más velocidad y resistencia. Sólo que ahora la sangre no provenía de sus piernas. Venía bajando como una cascada silenciosa de su interior de muchacha adolescente y se deslizaba entre sus muslos naciendo de una vertiente desconocida dentro de su pubis. Era una sangre distinta. Sin la feracidad ni el salvajismo de su corvas cortadas. Esta era una silenciosa sangre sedosa que salía de su ser de mujer, tibia, densa, una sangre con los brazos abiertos, un manantial mudo y ancho.

Lita menstruaba. Había comenzado a ser una mujer. Una pequeña mujer en la otra orilla del mundo. Una mujer llena de fuerza y suavidad. Sintió sueño. Miro a Scott, que la miraba a su vez, con una sonrisa recién nacida, brillante, deseosa, lleno de júbilo por haberla encontrado. Sonrió de nuevo, señaló las piernas de Lita. El manso caudal secreto y rojo le teñía las rodillas y se deslizaba como largos pistilos piernas abajo, hasta llegar abajo, donde se

empezaba en unas pequeñas corolas rojas.

Aunque no lo sabían, habían quedado aislados del continente para siempre. Acababa de abrirse el Estrecho de Magallanes, 10.000 años antes de ahora en el gran deshielo del final de la época glacial pleistocénica. Ellos serían los primeros habitantes de la isla grande de Tierra del Fuego. Los primeros hombres. Los yámanas, porque serían los que se irían más y más allá, cumpliendo el deseo de Lita de alejarse de los Hombres del Milodón. Luego, cientos de años después, vendrían otros grupos a poblar el norte y el centro de la isla. Serían los selknam, los hombres del norte, como les decían en idioma yámana, la familia de los onas, de los cazadores del fin del mundo.

Lita y Scott la iniciaban en ese momento lleno de bloques de hielo y aguas subiendo en locas espirales de un mar entrando en la tierra. Lita y Scott solos en la inmensidad del sur entreabierto, que abría una grieta en la capa de hielo y se alejaba de la tierra del mundo conocido. Entrarían en la otra orilla donde todo comenzaba, donde serían solo ellos dos.

Lita suspiró. Por fin podría dejar de correr, pensó. Un súbito bostezo de cansancio subió a su boca de muchacha hecha de vida y muerte, de risa y llanto. Era mortal, por fin, suspiró. Y afirmó su cabeza en el hombro de Scott mientras este remaba diestro más y más y más allá.

*** FIN ***

Ana María del Río

Ana María del Río es una reconocida autora chilena de libros para adultos. Entre sus obras publicadas se encuentran: *Entreparéntesis* (1986), *Óxido de Carmen* (1986), *De golpe*, *Amalia en el umbral* (1991), *Tiempo que ladra* (1991), *Siete días de la señora K* (1993), *A tango abierto* (Alfaguara, 1996) y *La esfera media del aire* (Alfaguara, 1998). *La bruja bella y el solitario* (Alfaguara Infantil Juvenil, 1999) y *La historia de Manú* (Alfaguara Infantil Juvenil, 2000) ya son dos de sus títulos para público infantil y juvenil. Ana María es licenciada en Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica de Chile y se especializó en literatura latinoamericana en EE.UU.